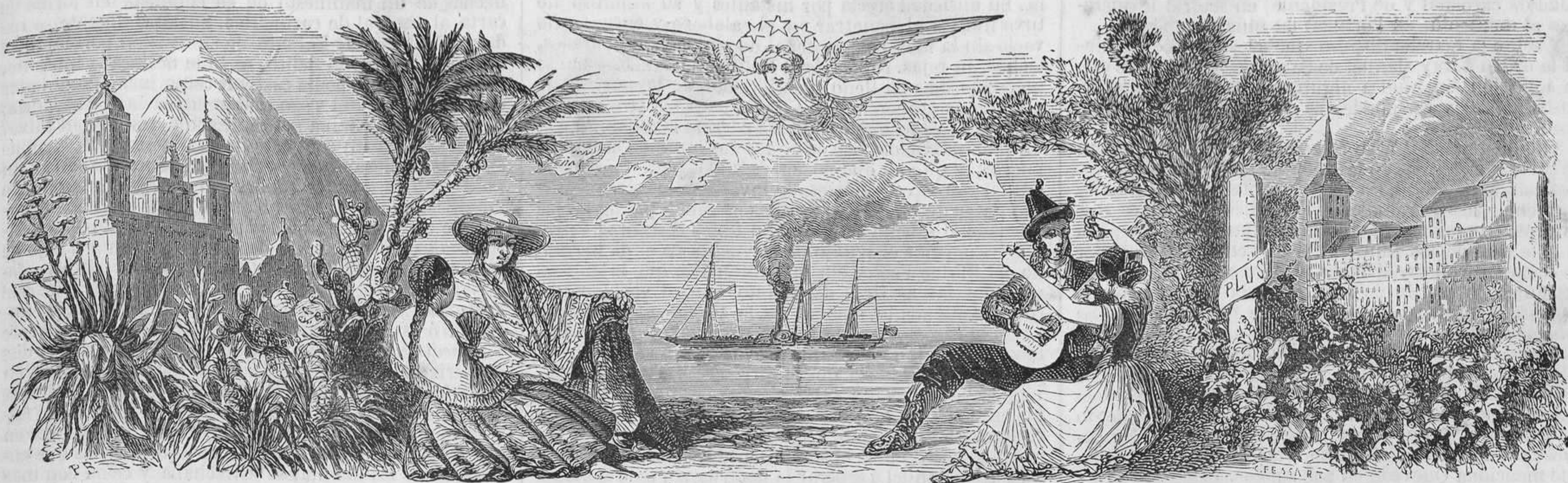


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1855. — TOMO V.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 14. — N° 113.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

Custodia gótica; grabado. — El duende crítico de Madrid. — Siempre un suspiro lanzaré por tí. — Trágico fin de Bughela; grabados. — El ejército de Crimea en el invierno; grabados. — Revista de París. — La Casdami. — Eupatoria; grabados. — El combate de la vida. — Fragmentos de una carta sobre la India; grabados. — La víspera de partir. — A mi amiga Magdalena. — Revista de la moda. — El escultor Benito Fogelberg; grabados.

Custodia gótica

EJECUTADA PARA LA IGLESIA DE BERCY.

Esta primorosa custodia de una altura de noventa centímetros, con tres mil quinientos gramos de peso, es toda ella de plata sobredorada, y se ha ejecutado al estilo de los siglos XIV y XV, hácia cuya época la Iglesia estableció el uso solemne de exponer el Santísimo Sacramento ostensiblemente á la adoracion de los fieles.

Su pié hexágono lleva una caña que afecta la misma forma, y ofrece un nudo adornado de diamantes, tan fácil para la mano, como severo en sus contornos. Las cinceladuras de este pié representan los símbolos eucarísticos, y se hallan adornadas con pedrerías que casan muy bien sus colores vivos y brillantes con los tonos apagados del oro y de la plata. Un pórtico, ó tabernáculo practicado en la parte superior encierra las santas especies, con un círculo de una doble hilera de perlas que forman una aureola crucifera con rayos, emblema de la divinidad. Este tabernáculo está acompañado de dos figuras de ángeles colocadas en adoracion por ambos lados.

La ejecucion de esta obra notable honra mucho á su autor M. Trioullier, cuyo talento se ha ejercitado ya en otras varias piezas de platería gótica, en armonía con la arquitectura de los edificios donde debían servir para las ceremonias del culto católico.

El duende crítico de Madrid.

(Artículo segundo.)

Para la eleccion de general de los carmelitas descalzos españoles se presentaron, en el capítulo celebrado poco ántes del tiempo á que se alude, dos candidatos, fray Pablo de la Con-

cepcion y fray José del Espíritu Santo varones ambos de recomendabilísimas prendas, navarro el primero, andaluz el segundo. Por causas que se ignoran habia manifestado santa Teresa que no era apto para general de los carmelitas descalzos ningun hijo de Andalucía, anunciando grandes castigos si se olvidaba esto que la seráfica madre previno reiteradamente. Lo guardaron los hijos en la memoria, y así fray José del Espíritu Santo quedó vencido, y su competidor fray Pablo de la Concepcion fué ascendido al generalato. Poco tiempo estuvo de felicitaciones, pues por cosas políticas, y de orden del gobierno se le arrestó en Bilbao y se le condujo á la Alhambra de Granada, donde el año 1736 acabó la existencia.

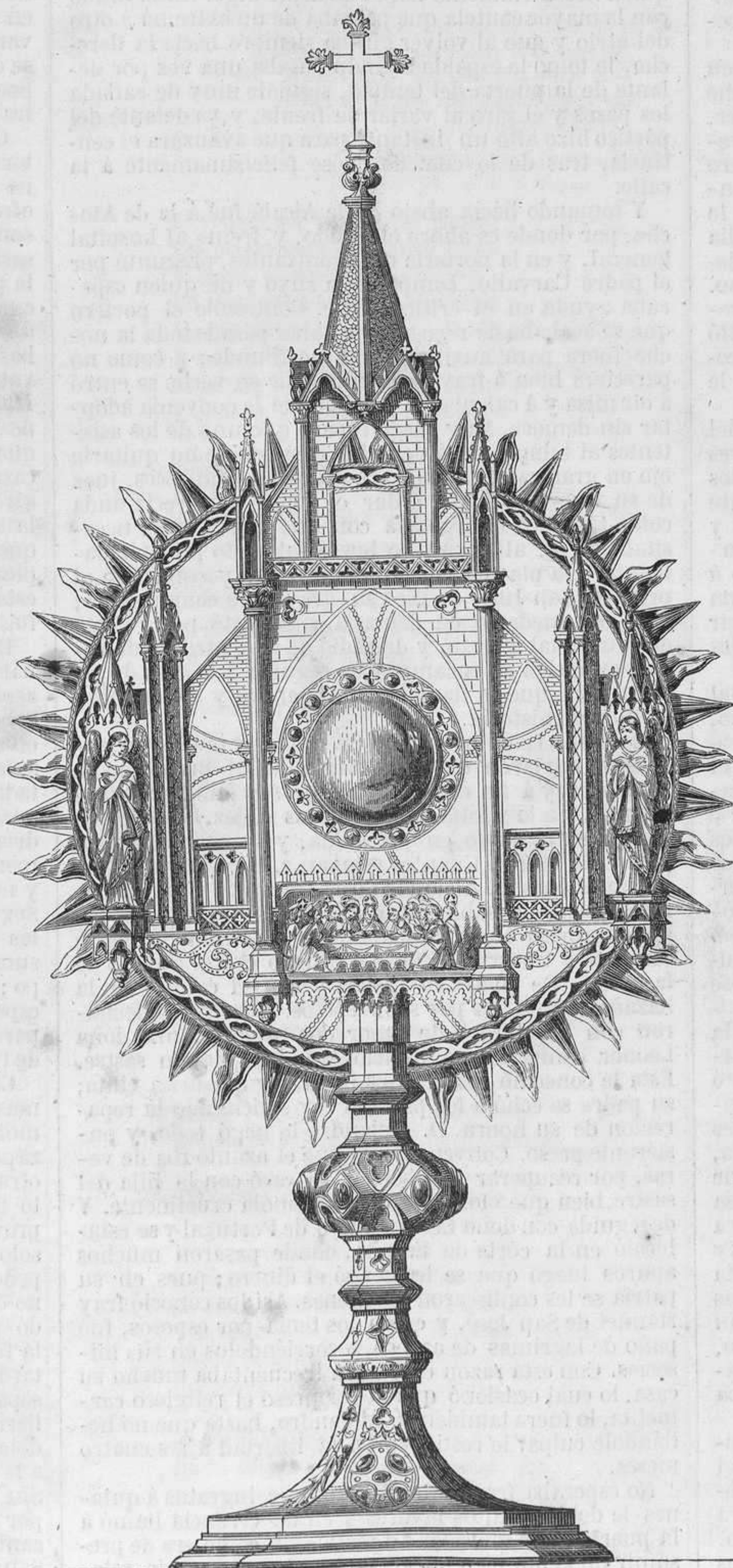
Otra vez se juntaron los carmelitas descalzos en Pastrana: ménos escrupulosos que hasta entónces, eligieron general á fray José del Espíritu Santo, sin embargo de ser andaluz y de lo prescripto por santa Teresa; muy pronto vino á Madrid y á su convento de San Hermenegildo; y algunos dias mas tarde andaba de boca en boca una estupendísima noticia; que el Duende habia sido preso en Talavera de la Reina.

Contrario á las máximas del general difunto, y ufano del favor del ministro Patiño, fray José del Espíritu Santo acababa de expulsar á fray Manuel de San José de la corte, ordenándole fuese á Portugal en derechura, por creer que no podia ser otro el verdadero Duende. Le hizo ver este religioso que semejante determinacion era violenta y muy peligrosa, puesto que una ausencia tan repentina ocasionaria que todos le señalaran como autor de las sátiras divulgadas los juéves: esforzó además sus instancias diciendo que estaba próximo á predicar dos sermones uno al rey y otro á la princesa, segun constaba hasta de los carteles puestos en las esquinas; pero nada bastó á que el general desistiera de su mandato, y fray Manuel hubo de partir con tal precipitacion que ni recogió sus papeles. No agradó á los carmelitas esta conducta y la atribuyeron á deseo de hacer méritos con la reina y de avanzar mas en el valimiento con Patiño. Todos los del convento y algunos de fuera supieron el viaje de fray Manuel en el instante, y á las veinticuatro horas los de palacio y el ministerio.

Postas y correos se despacharon con suma diligencia para apoderarse del religioso: su general podia salvarle; pero se obstinaba en perderle, y no declarándosele enemigo furioso, sino fingiendo que le perjudicaba á pesar suyo. Llamado á casa del Presidente de Castilla le dijo este:

— ¿Dónde está fray Manuel de San José, súbdito de vuestra Reverencia?

— Ya he proveido de remedio con-



Custodia gótica ejecutada para la iglesia de Bercy.

HAUBOIS.

veniente desterrándole á Portugal, respondió con aire de misterio el general de carmelitas, dando virtualmente al súbdito por reo, puesto que le imponía castigo.

— No (repuso D. Gaspar de Molina con toda la autoridad de cardenal y de Presidente) en Madrid le queremos al momento, en Portugal de ningún modo.

Y sobre la marcha dispuso que el general extendiera la orden á fray Manuel de San José para que se diera á prision sin réplica alguna, y con ella despachó posta á Talavera donde se le suponía á aquella hora.

Vuelto el general á su convento y tocado de espíritu de caridad encerró en la celda de fray Manuel con varios religiosos decorados para examinar sus papeles y quemar los que pudieran perjudicarle antes de que pararan en manos del gobierno. Hallaron casi completa la colección de los números del *Duende*, un borrador de carta en francés, dirigida al parecer á un ministro extranjero y escrita de su puño, sobre la situación de España, y un papel de mano agena titulado: *Consejos saludables al Duende de Madrid*; en este había diversas enmiendas de letra del ya perseguido religioso, una de ellas bastante significativa, pues exhortándole el autor á no escribir más, le decía que se acordase que había *Alhambra en Granada*, con alusión al encarcelamiento del general difunto, y fray Manuel puso que había *zahurdas en Pluton*, refiriéndose á las cárceles del diablo, que menciona Quevedo en sus sueños. Estos tres papeles eran los que le podían traer compromisos; para evitárselos se acordó que los quemara el padre provincial cuando llevaran luz á su celda por mayor disimulo; no se verificó así á causa de que el general varió de parecer muy luego, y contra el de cuantos intervinieron en el examen de los papeles, remitióselos al Presidente de Castilla, pretextando que de este modo se le tendría mas propicio en un proceso, para el cual se necesitaba misericordia por ser muy patente la culpa. Como lo que se iba averiguando procedía únicamente de la conducta observada por fray José del Espíritu Santo, y era hombre de luces, no cabe atribuirle á torpeza sino á malicia.

Fray Manuel de San José fué efectivamente preso en Talavera de la Reina; de allí se le trajo en un coche del señor Quincoces, presidente de la Sala de Alcaldes, y á las nueve de la noche del 30 de mayo de 1736, trece días despues de la divulgación del último número del *Duende*, se le encerró dentro de la cárcel del convento de carmelitas descalzos de la corte. A la sazón le manifestó el general tratándole de hijo, que no podía ponerle en prision sin formarle causa, y así no lo ejecutaba monásticamente y sí por órdenes del soberano. Hasta las costuras de los hábitos de fray Manuel se registraron con el mayor detenimiento, y no se le halló cosa alguna; sus reconvenciones al general fueron proporcionadas á la sobra de razón que tenía, pues le atropellaba el que debía ser su amparo.

Si como hay lugar á sospechar anhelaba fray José del Espíritu Santo ser bien querido entre los distribuidores de mercedes para alcanzar alguna mitra, le salieron los cálculos errados, porque acometido de un accidente falleció á los tres días, y cuando solo hacia cuarenta y dos que era general de los carmelitas descalzos. Naturalmente se atribuyó por muchos frailes este suceso á haber prescindido el capítulo congregado en Pastrana de lo prescripto por santa Teresa acerca de no elegir ningún general de su orden religiosa entre los frailes andaluces.

Tambien el ministro D. José Patiño, blanco especial de los dardos satíricos del *Duende*, falleció de allí á poco, no faltando quien insinúe que los disgustos que le ocasionó el periódico folleto, y los afanes por dar con el que le escribía contribuyeron mucho á alterar su salud robusta, bien que ya tenía setenta años. Felipe V é Isabel de Farnesio endulzaron en lo posible sus últimos instantes y honraron despues su memoria, satisfechos como estaban de sus servicios: Ya en el lecho de muerte recibió el título de grande de España, lo cual le movió á decir agudamente: *Me dá el rey sombrero cuando ya no tengo cabeza*. Por su alma se dijeron diez mil misas á costa del real patrimonio, y su entierro semejóse al de un príncipe de la sangre.

Luego de encerrado fray Manuel de San José en la cárcel del convento de carmelitas, solo tuvo comunicación con el provincial de la orden que le encontró siempre sereno; con el juez de su causa señor de Quincoces, que nada pudo sacar en limpio de los frecuentes interrogatorios, y con el lego que le servía la comida, de quien sin duda consiguió alguna ayuda, á pesar de estar custodiada por cincuenta soldados aquella casa religiosa. Legalmente no se le podía probar que fuera autor del *Duende*; pero la convicción moral estaba muy en contra suya, y mas sucediendo que desde su salida de la corte pasaron los juéves en blanco sin que las sátiras consabidas recrearan á los murmuradores, ni sobresaltaran á los personajes de costumbre. Así y todo, fray Manuel de San José aguardaba en vano la declaración de su inocencia, y reducido á su calabozo contaba días y dias, semanas y semanas, meses y meses.

Mas de nueve iban transcurridos desde que fray Manuel estaba preso cuando á las ocho de la mañana del 17 de marzo de 1737 recibió el prior de carmelitas descalzos un aviso del Inspector general de infantería para que viera si faltaba en su comunidad algun religioso. Instintivamente dirigióse el prior, acompañado de otros frailes, á la prision de fray Manuel, no sin recelar algo; mas respiró tranquilo viéndola cerrada. Con todo mandó abrir las tres puertas que tenía; muy luego halló

franqueada la primera; sin dificultad cedió la segunda; no así la tercera, que opuso resistencia aun despues de girar la llave en la cerradura. Hubo necesidad de forzarla por estar echada una aldabilla á la parte de adentro y no responder nadie á las voces de los de fuera. Su ansiedad crecia por instantes y su asombro no tuvo límites al penetrar en el calabozo y encontrarlo vacío sin la mas remota señal de violencia en paredes, techos, ni rejas. Nunca fray Manuel de San José había merecido mas de lleno la calificación de *Duende*.

Cómo se proporcionó las llaves para las tres puertas se ignora; conocióse que había corrido la aldabilla con un hilo pasándolo por entre las dos hojas de la tercera puerta, y que lo quemó en seguida para mas desorientar á los que hubiesen de investigar las circunstancias de su fuga. Varias de ellas se saben por haberlas revelado el mismo religioso. Su único disfraz se redujo á trasformar el hábito de carmelita en el de hermano del Divino Pastor sin mas diligencia que la de formar dos largas tiras del manto blanco y colocarlas convenientemente encima de la túnica parda. Fuera ya de la cárcel á eso de media noche, bajó silenciosamente á la iglesia; tenía proyectado meterse en un púlpito portátil hasta que el sacristan bajara á abrirla, y no lo pudo llevar á cabo, porque la falta de uso había enmohecido los goznes de la portezuela, y sin que rechinaran demasiado, á peligro de ser descubierto, no cabía superar aquel obstáculo imprevisto. Aventuróse pues fray Manuel á esperar la madrugada todo lo arrinconado que pudo y con la zozobra de si el sacristan echaria por la derecha ó por la izquierda cuando saliera á abrir el templo, siendo forzoso que le viera en dirigiéndose por el lado donde estaba mal escondido. Su buena estrella quiso que tomara el opuesto, así al bajar á abrir la puerta como al volver á la sacristía. Otro grande obstáculo necesitaba allanar primero de verse en la calle, el de los cincuenta soldados que custodiaban el convento; ya supuso que tan de madrugada estarían todos dormidos ménos el centinela, contra quien necesariamente había de urdir algo. Observando con la mayor cautela que paseaba de un extremo á otro del atrio y que al volver giraba siempre hácia la derecha, le tomó la espalda cuando pasaba una vez por delante de la puerta del templo, siguióle muy de callada los pasos y el giro al variar de frente, y ya delante del pórtico hizo alto un instante para que avanzara el centinela, tras de lo cual deslizóse felicísimamente á la calle.

Y tomando hácia abajo la de Alcalá fué á la de Atocha, por donde es ahora el Prado, y frente al hospital general, y en la portería de Agonizantes, preguntó por el padre Carvalho, compatriota suyo y de quien esperaba ayuda en el crítico lance. Contestóle el portero que se acababa de recoger por haber pasado toda la noche fuera para auxiliar á un moribundo; y como no pareciera bien á fray Manuel insistir en verle, se entró á oír misa y á calcular el partido que le convenia adoptar sin demora. Muy luego reparó que uno de los asistentes al templo salió de prisas despues de no quitarle ojo en gran rato. Un paje era del señor Quincoces, juez de su causa. Que iba á dar el soplo no ofrecía duda como tampoco la urgencia con que fray Manuel necesitaba de un albergue. Lo buscó subiendo precipitadamente á la plazuela de Anton Martín, y confiando al prior de San Juan de Dios su gravísimo compromiso; pero este medroso en demasia, manifestó pesar hasta de poseer tal secreto, y despidió de sí al atribulado religioso, quien se encaminó de seguida á la casa de un portugués, que se llamaba D. Alejandro y era hombre de mucha historia.

Habíase criado como hijo de nobles y opulentos padres; le enviaron estos diversas veces al Brasil con la flota del rey á fin de corregirle de sus habituales travesuras, y á la vuelta de uno de los viajes, se extravió de la flota el navío en que venia, y le cargaron siete barcos de moros. Cuantos estaban á bordo cayeron de aliento ménos D. Alejandro que intrépido y aun temerario, cogió un sable y con ardorosas excitaciones logró enardecer á sus compañeros y sustentar un fuerte combate y librarse en fin del peligro con el auxilio de la noche. De vuelta en Lisboa y con el crédito de la hazaña campeó ya por sus respetos. A la par le flecharon con los dardos de amor dos mujeres, una doña Leonor camarista en palacio, y la hija de un sastre. Esta le concedió los últimos favores y quedó en cinta; su padre se echó á los piés del rey solicitando la reparación de su honra. D. Alejandro lo negó todo, y puso en su patria se les confiscaran los bienes. Así los conoció fray Manuel de San José, y como los tenía por esposos, fué paño de lágrimas de ambos, socorriéndolos en sus miserias. Con esta razon exclusiva frecuentaba mucho su casa, lo cual ocasionó que al ser preso el religioso carmelita, lo fuera tambien D. Alejandro, hasta que no hallándole culpa, le restituyeron la libertad á los cuatro meses.

No esperaba fray Manuel encontrar ingratos á quienes le debían tantos favores y en tal creencia llamó á la puerta de su morada. Le recibieron como era de presumir de gente bien nacida, y tras la apresurada relación de sus respectivas desgracias, y conociendo que fray Manuel no estaba allí seguro, se convino en que fuera á las puertas de San Blas, junto al Retiro y se

ocultara lo que pudiera por las huertas hasta la noche, en que iria D. Alejandro en su busca para esconderle en buen paraje. Marchóse pues el religioso dejando encargado á este que repartiera aquella misma mañana á determinados individuos, quince copias que llevaba hechas de un manifiesto de su conducta en forma de carta al general de carmelitas. Sustancialmente se reducía á patentizar lo lícito de su evasión porque ni se le probaba ningún delito, ni se le declaraba inocente, ni su superior le podia castigar como juez, ni perdonar como padre, por el sesgo que se había dado á su causa; todo lo cual le había determinado á ponerse en salvo, dirigiéndose á un convento de su orden religiosa, donde no le pudieran alcanzar las persecuciones, cuyo fin no descubria de otro modo. Un pasaje contenia este manifiesto, anunciando un arcano de averiguación imposible con estas textuales palabras. — « Creo por último tener obligación de decir á V. Rma., bajo de juramento que hago en toda forma *in verbo sacerdotis*, que para salir de este mi encierro, nadie de este mundo, seglar ni religioso, me ha dado ayuda, auxilio ó favor directa ni indirectamente, *mediate nec inmediate*, ni de otro ningún modo que se pueda discutir; todo ha corrido á cargo de Dios, usando en ello de tan especiales providencias que no ha intervenido en esta acción ni infracción de puertas, ni falso de llaves, ni agujeros de paredes, ni descuido en dejarme de cerrar, pues salí en aquella hora que entre todas las del día, se estrechaba y ceñía con mas aprieto mi clausura. » Como despues de todo, la fuga no fué sobrenatural es de presumir que de la corte de Lisboa le vinieran los auxilios, y que su embajador hallara traza para que llegaran al encarcelado religioso.

No bien había salido este de la casa de D. Alejandro, presentóse allí el juez Quincoces, que avisado por su pajeillo corrió sin fruto al convento de Agonizantes. Mientras se detuvo en registrarle, pudo fray Manuel efectuar lo referido; nada le reveló el sereno continente de D. Alejandro y su dama; no podia sospechar que en el bolsillo del portugués había rastro del fugitivo; vanamente andubo de rincón en rincón toda la casa, y se despidió asaz mohino, dejando á D. Alejandro en proporción de repartir los manifiestos y de buscar donde fray Manuel estuviera bien á resguardo.

Confundido con pordioseros entre los cardos y matorrales de una huerta, pasó el día, mientras el gobierno desplegabá suma actividad por cogerle, llegando á ofrecer tres mil doblones al que se apoderara de su persona. Por la noche fué á avisarle D. Alejandro que un sastre, llamado Sebastian y muy seguro en el secreto, le proporcionaria refugio. Y con efecto, al cabo de tres cuartos de hora se le presentó el confidente y le invitó á seguirle á casa de una señora viuda, por ser la suya bastante estrecha y sin escondite. Esta señora, muy devota y abstraída del mundo, nada sabia del lance del *Duende*, que alborotaba á toda la corte: el sastre valido de la confianza que tenía con ella por algunos servicios que la había hecho, pidióla permiso para ocultar en su casa á un hermano que, por haber cometido cierto desorden en un pueblo, iba por la absolución á Roma; y la señora había condescendido de buena voluntad en que se ocultara el supuesto hermano del sastre en una pieza independiente y sin noticia de los criados. Con esta ventaja y con la asistencia del sastre nada faltó al fugitivo por de pronto.

De dinero tenía gran necesidad y trató de proporcionárselo escribiendo una esquila para un mercader acomodado, con quien estaba en relaciones. Se la llevó Sebastian bajo pretexto de buscar seda de extraño color en su tienda; y mientras entretuvo á los mancebos en sacarla, halló modo de entregar la esquila muy recatadamente al amo. Este leyóla á hurtadillas, tras de lo cual dijo al sastre que volviera á las tres y que le tendria buscada la seda. Para la hora señalada halló al mercader solo, de quien recibió una suma considerable y noticias que importaban sobremanera al carmelita. Segun ellas, su vida estaba en peligro inminente; en las puertas se observaba á cuantos salían con rigor sumo; de noche andaban muchas patrullas por el campo; todas las posadas de los pueblos circunvecinos y especialmente las de la carrera de Portugal tenían aviso para prenderle, y se había mandado reforzar el cordón de tropa que guarnecía la frontera.

Causas todas que indujeron al religioso á acelerar mas la partida. Su confidente Sebastian buscóle un zapato para que llevara á Portugal entre la suela del zapato una carta dirigida al ministro de Estado, con otra pública é indiferente y de letra agena y sobrescrito muy diverso, por si se ofrecia enseñarla. Luego se proveyó de ropa blanca y demás prendas de vestido y solo pensó ya en el viaje. D. Alejandro manifestó empeño de acompañarle y seguir su suerte, y fray Manuel no quiso rechazar la garbosa é hidalga oferta. Se acordó pues la partida antes de cumplirse una semana de la fuga del fraile. Este saldria entre una y dos de la tarde hácia San Isidro del Campo, donde concurrirían separadamente D. Alejandro y un mozo con dos caballeros. Abrazando al sastre Sebastian y recompensándole bien sus servicios lanzóse fray Manuel de San José á la peligrosísima empresa y la inauguró con fortuna. Sin tropiezo llegó á las Vistillas, bajó la cuesta, pasó por entre los guardas del puente de Segovia, prosiguió camino adelante, y sentóse á la puerta de la ermita de San Isidro. Allí le asaltaron nuevas angustias: una, dos, tres horas pasó de mortal espera y de tender la vista hácia todos lados y de no divisar lo que aguardaba en la inquietud mas congojosa. Resolvióse á ir por

la derecha del Manzanares al puente de Toledo para explorar mas de cerca el camino que habian de traer D. Alejandro y el mozo de las caballerías; todo en vano; lo que se acercaba era la noche y con ella el peligro de permanecer en las inmediaciones de la villa, por donde, segun el aviso del mercader se redoblaban las patrullas.

No ocurrió á fray Manuel otro arbitrio que el de hacer ajuste con un traginero de Getafe para que le condujera á este lugar en una de las bestias de su recua, fingiendo ser mayordomo de una señora, á quien habia burlado cierto pariente, y que iba á las barcas de la Acequia por si lograba atajarle el paso. Durante el corto viaje y ponderando sagazmente la incomodidad de las posadas, indujo al arriero á que le brindara con su vivienda, y haciéndose de rogar algun tanto, figuró ceder á lo propio que deseaba y le convenia. Pasada la noche dispuso que el arriero aparejara dos bestias para el cercano convento de Cubas, pretextando que habia de facilitar mucho su comision un religioso capuchino, y encargándole el mayor secreto para que el individuo tras de quien iba no adquiriera informes que le excitaran á variar de camino.

Del convento de Cubas se volvió el arriero con buena paga, y fray Manuel de San José fué á la celda del padre guardian en derecho. Sin rodeos y muy al vivo describióle su calidad y situacion punto por punto y concluyó pidiéndole asilo por unos dias con el propósito de hacer una confesion general, porque, hasta pisar el vecino reino, iba á llevar en continuo riesgo la vida. Afortunadamente no se parecia al prior de los religiosos de San Juan de Dios de la plazuela de Anton Martin, el guardian de los capuchinos de Cubas; ántes bien compasivo como buen cristiano, interesóse por el perseguido carmelita y le prometió solícita ayuda. Para dársela mas eficaz hizo partícipe en el secreto á fray Ambrosio de Salamanca, religioso de campanillas y de reputacion famosa en todos aquellos contornos. Este, manifestó á los de su convento que fray Manuel era un colegial mayor, á quien habia tratado mucho en Salamanca, y merced á este fingimiento escusable pudo comer en el refectorio y no recatarse de ningun capuchino.

Dos dias despues tuvieron un gran sobresalto los que estaban en el secreto, pues se presentó allí el alcalde de Getafe en virtud de las órdenes del cardenal de Molina para prender al religioso fugitivo y con noticias de que un vecino de su lugar habia traído al convento de Cubas cierto pasajero desde la córte y tras de albergarle una noche en su casa. A la grande autoridad de fray Ambrosio debióse el salir bien de tamaño trance, pues le dijo con la mayor frescura que el sugeto á quien aludia y estaba allí hospedado era un colegial mayor amigo suyo y llamado D. José de Estrada que habia querido sorprenderle con una visita y que renovaran juntos antiguas memorias: — *Si Vd. le quiere ver venga, á mi celda*, añadió el grave religioso, y pareciendo al alcalde que no darle crédito entero, equivalia á hacerle injuria, fuese muy satisfecho de la diligencia practicada y de no padecer engaño.

Disponiéndose estaba el carmelita para marchar á la siguiente mañana á Toledo con aprobacion del guardian y de fray Ambrosio para no correr otro riesgo como el que acaban de sortear hábilmente, cuando llamó á la portería un misterioso personaje, manifestando suma impaciencia por hablar cosas importantes con el superior de aquella casa religiosa. Instantáneamente sobresaltados resolvieron que mientras el guardian recibia al desconocido, bajaran á la huerta el carmelita y fray Ambrosio, y que este protegiera la fuga de aquel en caso de que apretara el lance. Con impaciencia congojosa aguardaron allí largo rato, mientras el desconocido preguntaba al guardian en tono de suma reserva por el religioso que tenia oculto y le daba señas capaces de inspirarle confianza, y el guardian se recataba sin saber que hacer, ni decir para quitársele de encima. Ya cansados de esperar en la huerta los otros se resolvieron á salir de incertidumbres, y acordaron ir al aposento en que estaban el guardian y el desconocido, entrando fray Ambrosio con una luz en la mano, y el perseguido carmelita detrás por si reconocia al personaje misterioso. Practicado así, se trocó el sobresalto en alegría, pues fray Manuel de San José lanzóse alborozado y con sorpresa de los dos capuchinos en los brazos del que habia ocasionado tanto susto, que no era otro que D. Alejandro. Por un accidente ocurrido en casa del alquilador de caballos no habia podido acudir á la cita, ni avisar á fray Manuel hasta de noche, y no encontrándole se volvió sin saber que hacer hasta que se acordó de haberle oído anunciar lo posibilidad de detenerse algunos dias en el convento de capuchinos de Cubas, donde le hallaba dichosamente.

A otro dia marcharon fray Manuel de San José y D. Alejandro á Toledo: allí se proporcionaron un mozo y dos mulas; y yendo lo mas del tiempo fuera de poblados llegaron al monasterio de gerónimos de nuestra señora de Guadalupe. Se les ofrecia la dificultad de no poder ir á Portugal con caballerías castellanas sin dejar fianzas y llenar otros requisitos. Como hombre de recursos, fray Manuel trabó y estrechó relaciones con el sacristan del santuario, fingiendo ser D. José de Estrada, caballero de Guadalupe, que iba al reino vecino á asuntos de la real fábrica de paños; con lo que se dió arte para sacarle una carta de recomendacion dirigida á un señor de Zafra, en cuya casa pudiera hospedarse. Además echó mano á un pliego de papel sellado que habia entre otros sobre la mesa del buen monje, y extendió un testimonio que parecia en toda regla y que

figuraba la comision que decia llevar de la fábrica de Guadalupe. Todo esto valió á los fugitivos para ir á Zafra con bastante seguridad y salir de allí sin mas fianza que la de dejar allí el mozo de Toledo y llevarse otro de aquella villa.

Les faltaba la última jornada bastante peligrosa por el mayor resguardo de la frontera. Varias veces distinguieron á las patrullas castellanas; mas por sendas ocultas evitaron su encuentro; dieron con un espía y burlaron su astucia; y dejando en fin á un lado á Valverde y vadeando un rio llegaron al término de sus ansias. A muy pocos pasos toparon con una patrulla portuguesa, y por lo que les dijo el jefe conocieron que el mozo despachado desde Madrid habia cumplido su encargo. Dirigiéndose á Olivenza, cuyo gobernador era primo hermano del carmelita, hallóse este con carta del ministro de Estado para ir á Lisboa. La misma noche que llegó vió al monarca, quien le previno de la necesidad de sufrir por entónces las extravagancias de la reina Isabel de Farnesio, y de que por consiguiente fuera á vivir en calidad de seglar y á expensas del rey á Italia. Obedeció fray Manuel de San José despues de haber obtenido el indulto de D. Alejandro y la devolucion de sus bienes, de modo que pudo vivir en Portugal, aunque no en la córte, con la que fué al cabo su esposa.

Hasta la muerte de Felipe V, acaecida nueve años mas tarde, vivió el religioso carmelita como seglar en Italia. Volvió á vestir el hábito en Florencia; poco despues pudo regresar á España; estuvo algun tiempo en el convento de Vitoria, y falleció ya muy anciano en el de San Hermenegildo de Madrid, de donde se habia escapado, justificando como se ha visto la calificacion de *Duende*.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

Siempre un suspiro lanzaré por tí.

When I forget that the stars shine in air —
When I forget that beauty is in stars —
When I forget that love with beauty is —
Will I forget thee : till then all things else.

BAILEY'S FESTUS.

Death, is nothing. Oblivion, all.
YOUNG.

El viajero que parte de su patria
Las playas mira del nativo suelo,
Y lanza, en melancólico desvelo,
Un triste adios al sol de su nacion;
Vuelve sus ojos, de dolor turbados,
A las ventanas de su hogar querido,
Se anima su semblante entristecido,
Y preludia dulcísima cancion: —

Fué que vió dibujado allá á lo léjos
El talle esbelto de su amada hermosa;
Su sombra indefinida y vagarosa
Llevó á su pecho angelical solaz :
Ya no teme el viajero enamorado
La voz del mar que mugidor aterra;
Olvida el cielo y cuanto el mundo encierra, —
Un Eden lleva de ventura y paz.

La tortolilla candorosa y pura
Busca su nido oculto en el ramaje,
Y con su triste y peculiar lenguaje
Remeda casi el ¡ay! del infeliz :
Fué que el rapaz robóla sus polluelos, —
Es que los oye preludiar su canto, —
Es que parece que, en sentido llanto,
Al ladron piden libertad feliz;

De manos del rapaz pronto se escapan,
Vuelan jugueteando hácia su nido,
Y en su canto suave, indefinido
Parece que murmuran libertad;
Oye la tortolilla, entre la selva,
De sus polluelos el píar quejoso, —
Trina, y su trino dulce y misterioso
Semeja un himno al Dios de la bondad.

Bramando el huracan agosta todo, —
De su tallo las flores arrebatada;
Y desprendidas de su débil mata,
El viento las impele con furor;
Se esparce su semilla en la llanura,
Y muchas flores de la flor nacieron,
Que de belleza el campo revistieron,
Las auras perfumando con su olor.

— Así el viajero encuentra en su camino
De su amada el recuerdo delicioso,
Y el ¡te amo! que el labio tembloroso
Entre llanto dijérale al partir;
Así la tortolilla que lloraba
Presto varió su apesarado trino,
Y la flor que tronchaba el torbellino,
Pronto volvió sus galas á lucir.

— No cambia así mi vida acongojada :
Nunca mudanza en mi desgracia espero,
Porque el dolor que me persigue fiero,
Es una historia que conservo yo;
Que conservo en mi pecho dolorido,
Donde el querer de la desgracia impía,
Para mas agobiarlo de agonía,
;Indeleble tu imágen esculpió!

No encuentro ni una flor en mi camino
Con que adornar tu frente candorosa,
;Que del pesar la brisa vaporosa
Hasta la flor de mi ilusion heló!
Sus hojas impelidas por el viento,
Con su aroma, en mi infancia, se perdieron;
Y de las rosas que mi sien ciñeron,
Solo la espina del dolor quedó!

Es por tanto, mujer encantadora,
Que esquivo verte, aunque te adoro ardiente;
Y por eso mi labio balbuciente
Jamás, jamás amor te jurará;
Si los cielos lanzaron su anatema
Sobre mi frente de pesar surcada, —
;Cómo á la tuya, de candor velada,
Mi yerto labio osado llegará?...

Cual palmera nacida en el desierto,
A que doblega el aquilon furioso,
Así á mi vida, siempre tormentoso,
La agita de la suerte el aquilon.
Yo seguiré mi senda desgraciada!
Sin amor, sin placer, sin esperanza: —
;Astro de luz, de paz y de bonanza,
Deja que cumpla mi infeliz mision!

Nuestras suertes el hado las separa
Aun mas que dista de la tierra el cielo,
Sin que alcance, en mi amargo desconsuelo,
A medir su espantosa inmensidad;
Como dos fuentes de diverso origen
Al unirse á la mar son refundidas, —
;Lo mismo nuestras suertes divididas
Las juntará la oscura eternidad!...

Sigue tu senda do jamás se escucha
Del huracan el grito rebramante;
Donde á tu paso el céfiro ondulante
Se perfuma en tu aliento de aleli;
Siguela, y nunca olvides mis pesares,
Que mientras dure la desgracia mia,
En mi carrera lóbrega y sombría —
Siempre un suspiro lanzaré por tí.

J. M. TORRES CAICEDO.

Trágico fin de Bubaghela.

El cherif Bubaghela que desde hace algunos años ejercia bastante influencia en la grande Kabalia, pereció el 26 de diciembre de 1854 á la edad de 35 años, y á manos del caid B. Abbes, Hakhedar-ben-el H'adj-Ahmed, de la familia de los Mokrani.

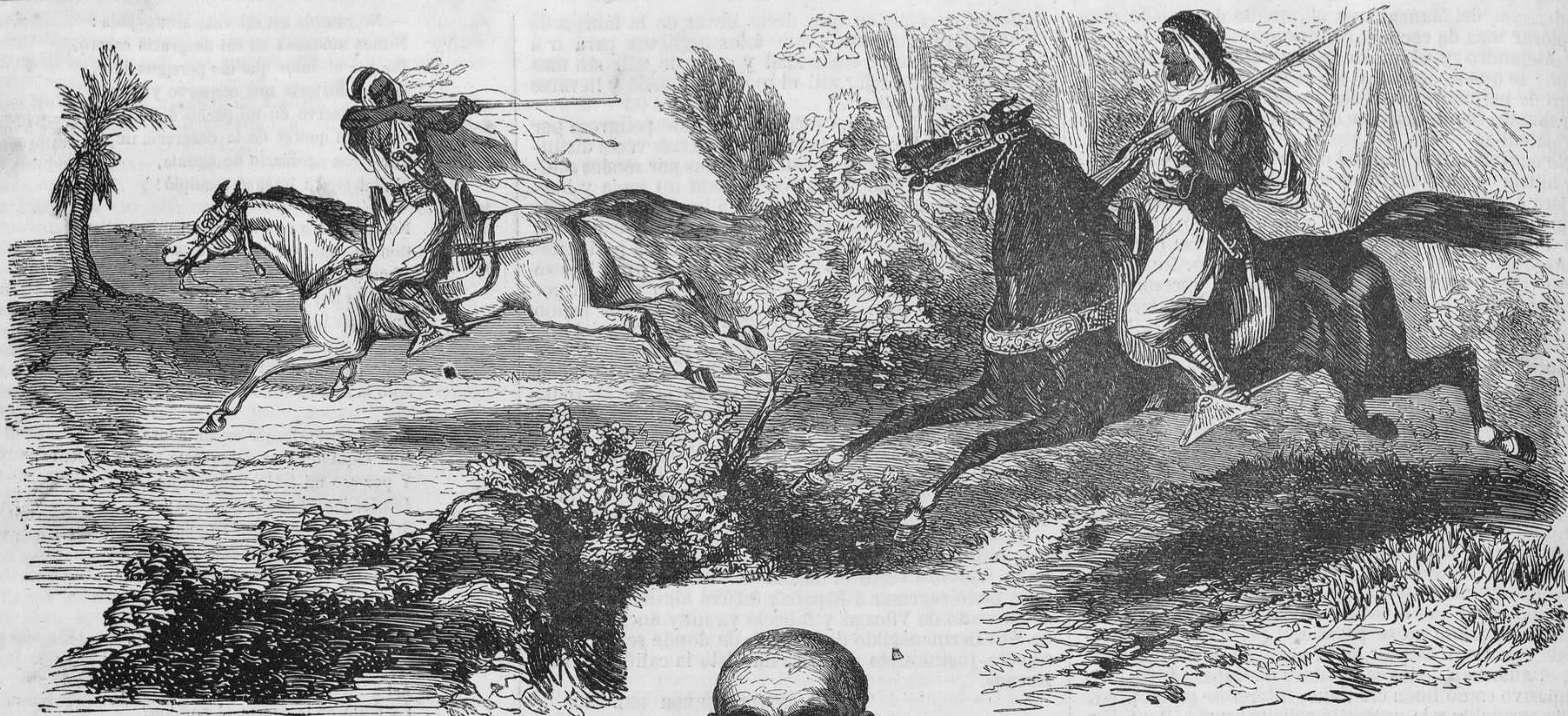
Como casi todos las cherifs, aprovechándose de la supersticion y del fanatismo religioso de las tribus, se decia llamado á cumplir una mision divina, la de libertar al país de la dominacion francesa. Su vida política principia en 1850 entre la tribu de los Mellikeuch, tribu rebelde donde se refugiaban todos los descontentos y donde cuatro años despues debia encontrar la muerte.

En los primeros meses de 1851, destruyó el asilo del cherif B. Ali, y quemó una aldea del caid del Arach, Si Cherif Amzian. Esto le dió mucha reputacion y casi todas las tribus kabilas abrazaron su causa. En abril del mismo año bajó á la llanura de Bugia con muchas fuerzas kabilas, pero su tentativa no le salió bien y fué rechazado con algunas pérdidas. Sin embargo, todo el país kabila del distrito se sublevó, y hubo que destacar contra los insurrectos dos columnas de tropas francesas que derrotaron al cherif en varios combates, hasta que tuvo que refugiarse entre los zuaouia, donde la mayor parte de las tribus que le recibieron se hallan sometidas á la dominacion.

Pasó los años de 52 y 53 entre los B. Sedka y los B. Mellikeuch donde no cesó de conservar su influencia dirigiendo muchos golpes de mano contra el Uennugha y el Ued-Sahel. En uno de estos combates cogió prisionero y mandó decapitar al cheik H'amon-Tahanon-Tadja, que el mariscal Bugeaud distinguió en su expedicion de 1847, y que habia entregado al cherif Muléy-Mohamed.

En 1854 fué á residir con toda su familia entre los B. Idjen, y de allí fué llamado entre los B. Djenad donde en una salida que hizo se cayó del caballo y perdió un ojo.

En junio del mismo año, dos columnas expedicionarias, una procedente de Argel y la otra de Selif, mandadas por el gobernador general Ramdon, invadieron la grande Kabalia. Bubaghela, en vez de ponerse á



El cherif Bubaghela huyendo del caid.

Si Lakhedar ben el Hadj Almed el Mokrani,



La cabeza y las armas de Bubaghela.

la cabeza de los árabes que corrian delante, se retiró á una Koubba mas allá de los B. Djennii, y allí permaneció sin salir mientras duraron las operaciones, curándose de su caída de caballo. Su conducta y principalmente los buenos resultados de aquella operacion que fueron la sumision de algunas tribus que se creian invencibles en sus montañas escarpadas, dieron un golpe terrible á la influencia de aquel hombre.

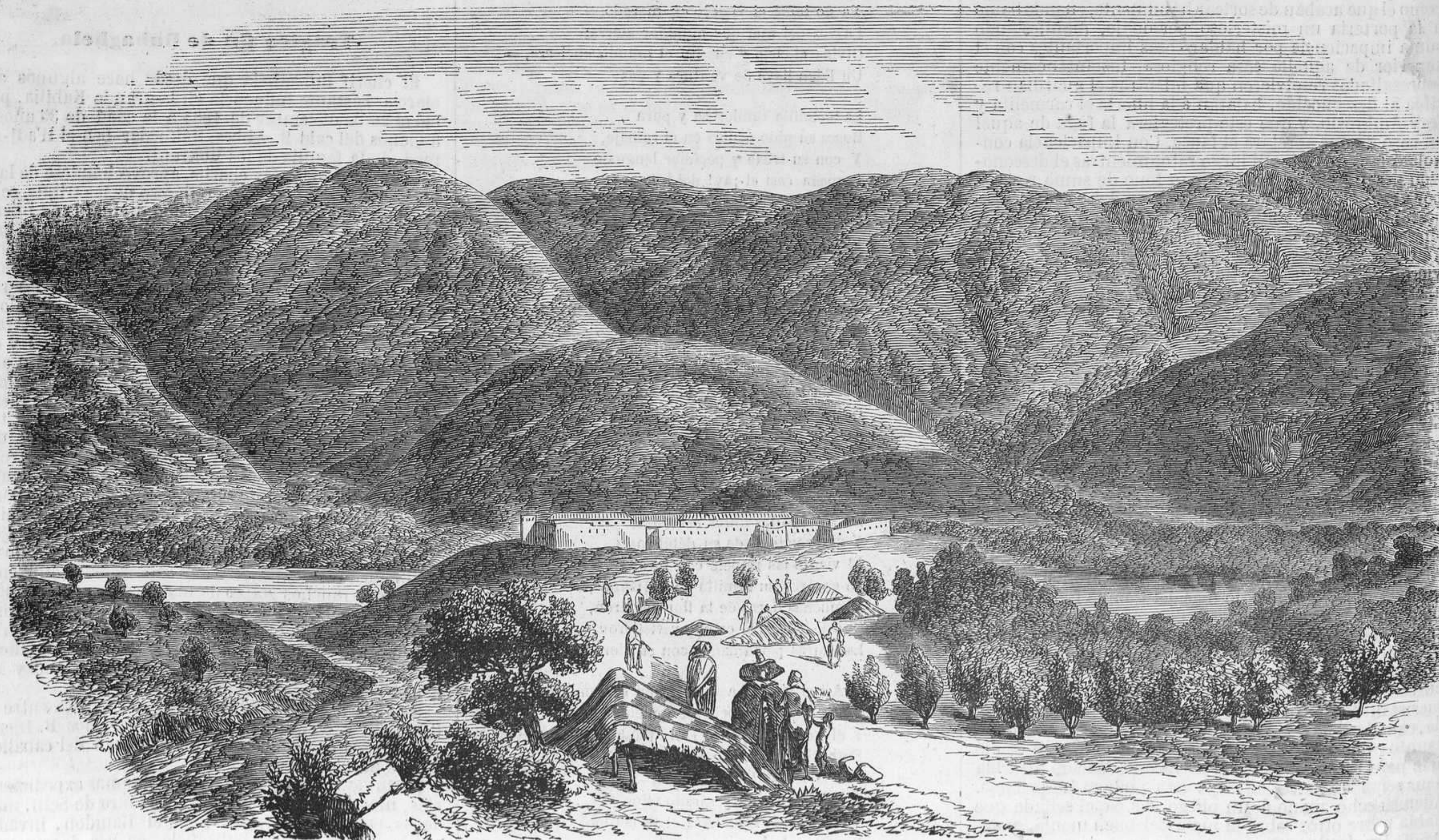
Bubaghela lo conoció así, tanto, que algunos dias despues trató de granjearse la buena voluntad de los franceses. Volviéndose á los B. Mellikeuch, entabló una correspondencia muy seguida con varios jefes indigenas cercanos á la tribu, y hablaba de las condiciones y garantías que exigia para someterse á los franceses. Con este fin tanteaba el terreno por todas partes, pero aunque parecia que trataba con buena intencion, lo cierto es que las negociaciones no se terminaban, y entretanto para vengarse de los B. Mellikeuch que comenzaban á desconfiar de él, resolvió dar un golpe de mano en la llanura del O-Sahel.

A eso de las cuatro ó las cinco de la tarde, bajó de la montaña con algunos ginetes y un puñado de infantes que dejó emboscados en el barranco de las últimas cuestas llenas de matorrales. Sus fines eran robar algunas yuntas de bueyes sobre el extremo de la tribu de los B. Abbes, que se retiraban

de la labranza. Ya se habia apoderado de una de ellas, cuando le vieron cuatro hombres á caballo que el caid Lakhedar colocaba todos los dias sobre la línea para vigilar á los labradores. Los vigilantes marcharon en su persecucion y el cherif tomó la fuga creyendo que llegaban todas las fuerzas del caid de los B. Abbes. Cuando vió que solo tenia que habérselas con cuatro adversarios, volvió al punto sobre ellos, pero un tiro que dispararon alarmó al caid Lakhedar que habiendo reconocido á Bubaghela siguió al galope á los tazmalt, con su hermano Bu-Mezrag; los demás ginetes y su comitiva ensillaban sus caballos y debian salir detrás de ellos. Al ponerse á tiro del cherif, el caid cambió con él dos disparos sin resultado; al tercero Bubaghela se apeó y se arrojó en un barranco para reunirse con los kabilas que habia dejado mas arriba entre los matorrales, mas uno de sus enemigos le tiró un balazo que le obligó á detenerse; el cherif perdía mucha sangre, y antes de que le rodearan hirió á un adversario, mas una descarga general le imposibilitó de seguir andando, y debieron cortarle la cabeza para retirarse y huir de los B. Mellikeuch, que llegaban en tumulto de sus aldeas.

La cabeza del cherif ha estado expuesta en los mercados de los Beni-Abbes, de Bordj-buarcredj y de Setif.

J. P.



Tasmalt, lugar en cuyas cercanias fué muerto Bubaghela.

El ejército de Crimea en el invierno.

Hemos recibido varios dibujos sobre la vida de los campamentos en Crimea, entre los cuales elegimos para este número el que representa el aspecto de un campo militar entre la nieve. A este paisaje añadiremos una serie de los trajes de invierno adoptados por los oficiales acampados delante de Sebastopol, y ejecutados por los dibujos transmitidos por un oficial del ejército expedicionario. La descripción detallada de cada uno de estos uniformes, que no son de puro capricho, dará una idea á nuestros lectores de los cuidados casi maternos que se prodigan á los miembros de toda graduación del ejército francés que combate en la Crimea.



Uniformes de vivac.

1 2 3 4

Primera lámina. (Oficiales de caballería). La primera figura contando de la izquierda, lleva una levitilla forrada de pieles de carnero, un ancho cinturón turco, pantalón ajustado con los colores del regimiento, y borceguies de becerro amarillo guarnecidos de pieles. La segunda figura lleva un gorro búlgaro con orejas negras de piel, gaban con capucha forrada de piel de zorro ajustado al talle por una correa de cuero, y sostenido en el cuello con una ancha faja encarnada; pantalón de ordenanza sujeto á los tobillos con correas, y zuecos. N.º 3, (Cuartel maestro). Gorro búlgaro de pieles, y la piel de carnero de reglamento, encima del capote, botas de piel



Los campamentos entre la nieve.

de carnero, la lana por dentro y suecos. N.º 4, *spencer* de ordenanza, *fez* á la turca, y botas blandas. N.º 5, capote de ordenanza, y piel de carnero, la lana por dentro.

Tercera lámina. N.º 1 á la izquierda, (Oficial de cazadores de infantería). Gaban impermeable y grandes polainas pardas con botones. N.º 2, (Cazadores de Africa, uniforme de escolta). El capuchon es el de su capote azul celeste, albornoz de paño blanco por encima y botas de piel de carnero. N.º 3, (Oficiales de estado mayor). Gaban corto de marinero color azul, con charreteras, cordones y botones de ordenanza; pantalón de uniforme y grandes botas. N.º 4, (Oficial de ordenanza de un general). Paletó negro forrado de pieles de zorro, delantal de caza de piel de



Uniformes de vivac

1 2 3 4

cabra y botas altas. N.º 5, (Oficial europeo agregado al estado mayor turco). Ancho gaban azul y botas á la Luis XIII. N.º 5, (Turco, uniforme de fatiga). Capote con capuchon azul celeste, gaban corto del mismo color sujeto á la cintura con una correa, pantalón y botas de ordenanza.

Teniendo presentes los grabados que hemos publicado ya, de los trajes adoptados generalmente por todos los cuerpos de tropas que se hallan en la Crimea, puede uno convenirse de que las precauciones tomadas por la administración militar para resguardarlos de los rigores de esta terrible campaña de invierno, se aplican lo mismo á los oficiales que á los simples soldados, que se manifiestan sumamente reconocidos al gobierno.

G. F.

Revista de Paris.

El frío excesivo que reina este invierno en Paris ha quitado á los regocijos públicos del carnaval la mayor parte de sus bulliciosos atractivos. Las alegres pandillas de gente enmascarada, los carros triunfales de los comerciantes de Paris que con achaque de diversion carnavalesca les sirven para dar publicidad á sus mercancías, y hasta la procesion tradicional del buey gordo con su séquito de carniceros disfrazados con extravagantes atavíos, todo se ha resentido este año del rigor del frío; los payasos no se han atrevido á correr patines sobre el empedrado de Paris, los anuncios arrastrados por seis ú ocho caballos y publicados por media docena de *Famas* de carnes-tolendas desde lo alto de una carroza engalanada con flores y trofeos de banderolas, no se han mostrado sobre los boulevards con la profusion de costumbre, y solo *Bosco*, el buey gordo de este año, se ha paseado impertérrito los tres días, aplastando con su peso de 1,325 kilogramos la nieve endurecida.

Pero si en las calles el carnaval de 1855 ha sido triste, en cambio en los salones oficiales y particulares, así como en los teatros, ha sido un carnaval de los mas alegres. No nos detendremos aquí seguramente en la nomenclatura de los bailes que se han dado en Paris en este carnaval, tarea que sería punto ménos que imposible; solo en el mundo artístico que tiene la reputacion de saber divertirse, se cuentan por centenares, y cada cual buscó en ellos un medio original de presentar la diversion á sus amigos. En un baile de artistas que se dió el mártés último, el dueño de la casa tuvo la idea singular de escribir en sus esquelas de convite que las señoras solo entrarían estidas de *grisetas* y los caballeros en traje de obreros. Mas no obstante esta igualdad obligatoria, algunas de aquellas pobres *grisetas* hallaron medio de lucir sus pedrerías, y las blusas de algunos jornaleros iban abiertas dejando ver camisas de batista con botonaduras de brillantes.

Una señora á quien preguntaban la explicacion de este capricho de artista, respondió:

— Quizá sabia que muchos de sus convidados no están bien de otro modo que de blusa.

Por otra parte la invencion no era nueva, no era mas que una copia del sistema de trajes adoptado para un baile que dió hace algunos años en Paris el famoso tenor R..., una de las glorias musicales de la escuela francesa. Todo el mundo, hombres y mujeres, llevaban los vestidos de los bailarines de barbera; el dueño de la casa, de bodegonero y su mujer de Martornes, servian los refrescos á sus convidados detrás de un mostrador de taberna. Sin embargo, la idea no cayó en gracia.

Un opulento especulador inauguró noches pasadas sus espléndidos salones con una fiesta verdaderamente regia. Una señora de una belleza maravillosa hizo su entrada en casa del banquero en medio de las manifestaciones inequívocas de la admiracion de todos. ¿ Cosa singular! hasta las damas que habia en los salones estaban contestes en asegurar el brillo de su hermosura, la gracia de su talle y la elegancia de su prendido. Sin embargo, su traje era muy simple; vestido de color de rosa con volantes guarnecidos de largos flecos, y en la cabeza no llevaba otro adorno que unas hermosas trenzas formadas con sus cabellos negros. Ni una flor ni un diamante resplandecia en ella.

— ¿Quién? ¿quién es? preguntaban por todas partes.

Pero nadie la conocia y nadie se atrevia á preguntar á los dueños de la casa.

Bailáronse mas de dos polkas y redowas ántes de que los bailarines se hubiesen podido poner al corriente de la cualidad, títulos y virtudes de la dama; sola la conocian por su hermosura, y probablemente su belleza y su sencillez en el vestir alejaban de sus admiradores la suposicion de que era rica. En efecto, la hermosa señora no habia bailado mas que una vez, y para esto habia salido con un viejo, acérrimo adorador de todas las bellezas que habia en la fiesta.

De repente una noticia se esparce en la sala; el dueño de la casa se habia acercado á un grupo de jóvenes y acababa de pronunciar estas palabras:

— Esa dama tan bella y tan graciosa es tambien la mas rica que hay aquí.

— ¿Y está casada?

— No, es viuda y posee dos millones de fortuna, es la viuda de M. X...

Entonces fué de ver como todos aquellos elegantes con la raya en medio de la frente, con guantes muy estrechos y mangas muy anchas, se dirigieron en tropel hácia el astro de tres millones que acababa de aparecerseles. En ménos de cinco minutos la pidieron mas contradanzas que habria podido bailar en todo el año. La viuda debió notar lo que habia pasado, pues se sonrió mirando aquella muchedumbre de devotos á la religion del oro.

Sin embargo, los elegantes en cuestion lograron muy poco de la viuda, que por cierto no se halla dispuesta á contraer segundas nupcias. Ya en el verano último una media docena de estos señoritos interesados hicieron un viaje en balde al palacio de X..., no lejos de las orillas del Sena cerca de Ruan, donde acudieron con la esperanza de conquistar la mano de esta opulenta viuda. Pero es el caso que la viuda disfruta la renta de esta fortuna colosal, mientras permanezca fiel á la viudez; si se casa de nuevo, los bienes pasan á herederos colaterales. Tal es la condicion que estableció el difunto en su testamento.

Los colaterales en cuestion que la rodean tanto en su palacio campestre como en Paris, tratan de facilitar este segundo matrimonio que debe hacerlos ricos, y esperan ver realizada su esperanza con tanto mas motivo cuanto que la joven viuda es de una virtud á toda prueba; no pertenece al gremio de esas viuditas que se aprovechan de su estado, que viven en él como en un paraíso, que le consideran como el matrimonio sin el esposo, es decir, beneficio puro.

Con los buenos principios de la virtuosa heredera todo puede

esperarse; un corazón de veinticinco años prefiere la felicidad á la fortuna, y luego como es tan hermosa, tan encantadora, raro será que entre sus cortesanos no se encuentre uno que salga victorioso.

Sin embargo, ya hemos dicho que hasta aquí todos los pretendientes han sido desairados, ó se han retirado voluntariamente.

— Prevengo á Vds. que el matrimonio me deja reducida á la miseria, les dice la viuda.

Y esta simple advertencia basta para que los adoradores se retiren; ¡ cosas de la época!

Sin embargo, se dice que uno persistió, y á este hubo de preguntar la viuda:

— ¿Vale Vd. dos millones?

O por mejor decir, esta pregunta se la dirige la viuda á sí misma con respecto al mérito de cada uno de ellos, y la respuesta ha sido siempre negativa. En efecto, ¡ un mérito de dos millones es bastante raro en el día!

El estío no ha dado pues resultado alguno, aunque los colaterales contaban mucho con las inspiraciones sentimentales de la vida campestre.

— La campiña, decian, ejerce una enorme influencia, cambia los caracteres y opera grandes metamorfosis.

Si por casualidad el invierno nos da algun desenlace, tendremos al corriente á nuestros lectores.

Se ha difundido estos días por Paris la noticia de un engaño muy singular de que ha sido victima un extranjero de distincion acabado de llegar á la capital. Este extranjero, inglés de nacimiento, pero que ha pasado la mayor parte de su vida en los Estados-Unidos donde ha podido adquirir en el comercio una fortuna colosal, llegó hace pocos meses á Paris con la idea de poner una casa espléndida para dar en ella grandes reuniones. El que llega aquí con tales intenciones ya puede prometerse desde luego un gran recibimiento; no tardará en hallar algun baron obsequioso que se encargará de llevar á sus salones la flor de la elegancia parisiense. El extranjero de que hablamos encontró tambien un introductor por el estilo, pero como ignoraba los usos y costumbres, y se hallaba en la imposibilidad de discernir lo verdadero de lo falso, cayó en un lazo grosero; en vez de tropezar con un representante de la buena sociedad, sucedió que acordó su confianza á un caballero de industria de la mas baja esfera, que por cierto no tuvo necesidad de mucha destreza para explotar al opulento extranjero.

El inglés quiso principiar por un baile magnífico, pero el intrigante que se le habia encontrado en muchos apuros para suministrarle el personal de aquella fiesta, le convenció que era preferible dar varias comidas ántes de abrir sus salones, si queria hacerse una buena reputacion en esta capital de los gastrónomos.

— La idea me gusta, dijo el extranjero; pero ¿qué gente tendré á mi mesa?

— Toda gente escogida; tendrá Vd. lo mejor de los escritores que publicarán su nombre de Vd. en los periódicos, y poetas de fama que cantarán sus alabanzas en versos inmortales.

El extranjero aprobó mucho la idea. Un cocinero de nota entró en la casa, la mesa se puso con gran lujo, y el abastecedor de convidados se presentó á la hora con una nube de amigos animados de las mejores disposiciones. La literatura contemporánea se hallaba representada en aquella mesa Dios sabe como, y sabe Dios tambien qué perillanes figuraban allí bajo los nombres mas admirados de nuestro tiempo.

El acaudalado negociante habia reunido en su casa una magnífica librería, y á veces paseándose al frente de sus estantes solia divertirse en leer los títulos de las obras y el nombre de los autores, pero como carecía de la mas ligera tintura literaria y como tenia poquísima aficion á la lectura, jamás habia sacado un libro para leerle de sus armarios de caoba.

Un día pues que habia visto el nombre de Balzac en el lomo de varios volúmenes, dijo á su caballero de industria:

— ¿Cómo es, amigo mio, que todavía no ha traído Vd. á mi casa á M. de Balzac? He oído hablar muchísimo de este hombre, ha escrito bastante, y su *Comedia Humana* es una de las obras mejor encuadernadas que poseo en mi librería; tengo empeño en que venga á la primera comida.

— Pues vendrá, cuente Vd. con él, repuso el intrigante que no estaba mas adelantado que su víctima.

En efecto, pocos días despues anunciaron al ilustre autor del *Lirio del Valle*, que colocado á la derecha del extranjero habló como cuatro y comió como cuarenta.

Desgraciadamente para el atrevido autor de esta resurreccion, el inglés á quien siempre acompañaba por todas partes hubo de escaparse una noche á su vigilancia, y se marchó solo á los Italianos. En un entreacto, hablando con sus vecinos de luneta, el crédulo extranjero deslizó en la conversacion algunas palabras relativas á sus banquetes, lisonjeándose de la honra que le dispensaban las celebridades literarias que se dignaban asistir á sus comidas, y entre los convidados que se habian sentado el día ántes á su mesa citó á M. de Balzac.

— ¿Quién dice Vd.? le preguntaron sorprendidos.

— M. de Balzac, el autor de esa famosa obra que se titula *la Comedia Humana*.

Fácil es concebir el efecto que produciria esta revelacion inesperada. Seguros de que no se engañaba de nombre, se echaron todos á reír estrepitosamente, y cuando cesaron las carcajadas le dijeron que estaba siendo juguete de un tunante, pues M. de Balzac estaba enterrado ya hace algunos años.

El extranjero avergonzado y furioso se apresuró á despedir al intrigante que le habia engañado con tanta impudencia, y en el día su comedor está cerrado.

Pocas semanas hace dimos cuenta al lector de una venta de cuadros que se habia efectuado en Paris á pública subasta; hoy vamos á concluir esta revista con los detalles de otra venta curiosa, que ha tenido lugar esta semana, no de pinturas sino de cartas autógrafas de personajes célebres, entre las cuales ha habido algunas que han obtenido precios elevados.

Una carta de Juan Racine, dirigida á madama de Maintenon

en la que el ilustre autor se queja de haber sido calumniado en el ánimo del rey llamándole jansenista, se vendió por 400 fr.; una carta de la famosa cómica Adriana Lecouvreur á madama de Argental, 265 fr.; otra de Federico II, rey de Prusia, 202 francos; otra de María Stuardo dirigida á su tío el cardenal de Lorena, 175 fr.; dos cartas de María Antonieta, 295 fr.; una oda manuscrita de Andrés Chenier á Carlota Corday, 126 fr.; tres cartas autógrafas de Rousseau, 90, 105 y 20 fr.; *Los Fallos del Amor*, cuento manuscrito del fabulista La Fontaine, 80 fr.; una carta del abate de l'Épée, 60 fr.; de Fenelon, 56 fr.; de Boileau, 93 fr.; de Napoleon I, carta al príncipe de Neufchatel sobre las operaciones militares en España, 40 fr. de madama Roland, 18 fr..

Reyes y reinas de Francia. — De Ana de Austria, 17 fr. 50 cént.; de Catalina de Médicis, 18 fr.; de Maria de Médicis, 12 francos; de Maria Leczinska, 15 fr.; de Enrique III, 13 fr.; de Enrique IV, 20 fr.; de Margarita de Navarra, 30 fr.; de Luis XIII, 10 fr.; de Luis XIV, 18 fr.; del delfin, hijo de Luis XIV, 20 fr.; de la emperatriz María Luisa, 31 fr.; de Carlos X, 15 fr.

Personajes célebres. — Un billete escrito con lápiz de Alejandro I, emperador de Rusia, 17 fr. 50 c.; una carta de Carolina de Brunswick, reina de Inglaterra, 27 fr.; de Adrieno Boieldieu, 23 fr.; de Bossuet, 19 fr., de Chateaubriand, 9 fr.; de Mlle. Clairon, 60 fr.; de Camilo Desmoulins, 18 fr. 50 c.; de Diderot, 19 fr. 50 c.; del navegante Lapeyrouse, 15 fr.; de Latude, conocido por su largo cautiverio, 26 fr.; del poeta lírico Lebrun, 26 fr. 50 c. de Mme. de Maintenon, 25 fr.; del general Marceau, 12 fr.; de Marmontel, de la Academia francesa, 10 fr.; de Mlle. Millevoye, 10 fr. 50 c.; de Paganini, 17 fr. 50 c.; de Paisiello, 25 fr.; de Piron, 17 fr.; de la marquesa de Pompadour, 24 fr.; del pintor Prudhon, 19 fr.; de J.-B. Rousseau, 20 fr.; de Leopoldo Robert, el pintor de los *Pescadores napolitanos*, 40 fr.; de Saint-Lambert, 21 fr.; de Sedaine, 10 fr. 50 c.; de Sully, ministro de Enrique IV, 31 fr.; de Talma, 29 fr.; de Turenne, 24 fr.; de José Vernet, pintor de marina, 22 fr.; de Horacio Vernet, 11 fr.; de Arouet de Voltaire, 50 fr.; de Walter Scott, 13 fr.; de Mme. de Warens, amiga de J.-J. Rousseau, 50 fr.; del compositor alemán Weber, 27 fr.; de la condesa Du Barry, 50 fr., etc.

MARIANO URRABIETA.

LA CASDAMI.

(Continuacion.)

II.

Ella, por el contrario, con los ojos fijos, la boca abierta, errando al acaso por la ciudad, no parecia interesada en los tratos tumultuosos que la rodeaban. Parecia que buscaba siempre alguna cosa, y bien porque impusiese su elevada estatura, su aparente fuerza, bien porque gozase de todos los derechos de una excentricidad reconocida, nadie queria molestar su ociosa vagamundería. El joven aduanero lo comprendia ménos que todos, á fuer de buen parisiense. Porque esta criatura le parecia á veces hermosa bajo sus extraños pingajos, caprichosamente abigarrados con cuentas de vidrio y cobre dorado. Uno de sus colegas le dió una explicacion satisfactoria acerca de este delicado punto.

— Esas mujeres, le dijo su camarada, no son lo que podria creerse. Hacen el contrabando, tienen los dedos como ganchos, y las hay que con la carabina en la mano aliviarian muy bien en un camino real á los transeuntes. Mas aun; venden drogas infames, y yo las he visto sentadas delante del jurado al lado de pobres muchachas que se morian por haber acudido á ellas en casos difíciles. No sé si hay oficio que les repugne con tal que les interese en lo mas mínimo; se puede decirles todo, proponerles todo, y sin embargo le aconsejo á Vd. que se mantenga con ellas dentro de ciertos límites. Tienen la flexibilidad y el dardo venenoso de la serpiente. La supersticion de raza, mas fuerte que todas las tentaciones, las conserva fieles, no diré á sus maridos, sino á los bohemios en general. Crean que pueden temerlo todo, si faltan á este deber. Las leyes protegen escasamente estas criaturas errantes, y la sentencia dada contra ellas por el jefe de su tribu puede ser ejecutada en los desfiladeros desiertos que atraviesan para ir de Francia á España, ó de España á Francia. Los ayuntamientos de Cataluña y franceses no se tomarian muchos cuidados por hallar á una de esas criaturas extranguladas en uno de esos barrancos. Dirian como el gañan de la fábula:

« No es nada, no es nada,
Una mujer que se ahoga... »

y una mujer cuyo nombre no está inscrito en los registros del estado civil... Que les importaria á esos buenos municipales franceses...

— Escuche Vd., dijo á su vez Lambert, despues de haber rumiado este rasgo de elocuencia; no me gusta ser fanfarron ni afectar un escepticismo de mal género respecto de la virtud de las mujeres en general... Sin embargo la de las bohemias me inspira francamente algunas dudas. He oido decir muchas veces que los vicios son hermanos como las virtudes son hermanas, y me costaria mucho renunciar á este hermoso axioma de sabiduría experimental. Lucrecia no aparecerá jamás en mi concepto disfrazada de ladrona. Además podemos hacer una prueba de nuestras teorías respectivas. Propongo á Vd. una apuesta muy usada en Pa-

ris, desde que ha sido representada la pieza de Dumas titulada *Mademoiselle de Belle-Isle* (1). He aquí los términos de esta apuesta: Yo trataré de dar una prueba contra sus opiniones de Vd. con ciertas precauciones, acerca de la austeridad de la primera gitana que se presente. Si triunfo, me deberá Vd. veinticinco botellas de Rivesaltes, que nos beberemos á la salud de las grisetas de San Denis; sino, yo pagaré el vino, y la bohemia será proclamada superior á todos los pueblos, como Escipion el africano, y el casto José, fueron superiores á los demás hombres.

— Esta clase de apuestas. respondió riendo el campeón de las gitanas, tienen un lado delicado, y sus condiciones se eluden fácilmente.

— Alto, alto, repuso Lambert. Ni Vd. ni yo vamos de mala fe. Se trata de una chanza, y no hemos podido pensar ni el uno ni el otro en llevarla mas allá de lo racional. Basta pues un simple sí, una promesa sincera, ó como dice Marot:

«Un dulce nani con una dulce sonrisa.»

con tal que esta *dulzura* no sea equívoca, bastarán para que gane yo la apuesta, sin necesidad de llevar mas allá mi buena fortuna.

— Muchas ventajas pretende Vd., camarada, permítame Vd. que se lo diga. Sin embargo, conociendo el terreno mejor que Vd., creo poder hacerle esta concesión, que no tiene importancia. Solo pido que la víctima de su seducción de Vd. capitule seriamente, y se disponga á entregar á Vd. las llaves de la plaza.

Convenidas así las condiciones y consumada la apuesta, solo habia que tratar de hallar una ocasión favorable. No la esperaron mucho tiempo estos dos jóvenes, y una noche que tomaban el fresco bajo un emparrado, en una tabernilla de fuera de la ciudad, pudieron sin demasiado escándalo llamar á una preciosa andrajosa que cruzaba por el jardín montada en un asno.

No se hizo rogar la muchacha. Lambert creyó al verla tener ganada la apuesta. Era una fea de diez y siete años, amarilla como un alberchigo, y de una flaqueza que hubiera probado que la apuesta no era demasiado inmoral.

No repetirémos lo que dos jóvenes pudieron decir, alegres por ciertos tragos, á una doncella errante que los estimulaba con sus picantes palabras, la seguridad imperturbable de su mirada, y cuyos oídos, insensibles á todo, parecían forrados en cobre, al decir del admirador Lambert.

Pero aun debia crecer su estupefacción. En efecto, cuando creyó que la gitanilla habia ahogado sus escrúpulos con uno ó dos vasos de vino de Lunel, aventuró, despues de algunas promesas capciosas, ciertas alusiones que pasaron desapercibidas, sin que pareciese prestar atención. Lambert, que se picaba de poseer á fondo la lógica y la retórica de Citeria, fué por grados hasta acabar con tan categóricas expresiones, tan inteligibles, que era indispensable una réplica formal.

Allí lo esperaba su adversario, riéndose entre sí. La réplica fué breve y contundente. Se redujo á un bofetón, un bofetón sonoro y nervioso, sincero y magistral, un bofetón lacedemonio, que fué á despertar al tabernero, dormido en su mostrador. De amarilla y risueña, la gitanilla se habia puesto negra y furiosa. Sus ojos centelleaban, y sus labios se estremecían sobre sus dientes apretados.

— ¡Maldito Bengui! ¿con quién cree Vd. que habla?

Lambert, embarazado con esta cólera tan poco prevista, estuvo á punto de olvidar que él la habia provocado. Pero su irritación, fácil de comprender, se apagó apenas reflexionó un poco. Y mientras tanto, su camarada calmaba á la indómita gitana.

— Chiquilla, le decia, tiene Vd. la mano un poco suelta. Mi amigo queria chancearse y nada mas. Bien sabe que es Vd. una muchacha de Egipto, y que no oye Vd. las adulaciones de los *Busnes*. Yo lo aseguro, solo queria probaros. Beba Vd. ese vaso de vino, y sepáremos como buenos amigos.

— Eso es otra cosa, murmuraba Lambert entre sus dientes; decididamente las gitanas me hacen mal. Robado por la primera, abofeteado por la segunda, ¿qué me sucederá con la tercera?

La gitanilla por su parte, rehusaba beber, y miraba á los dos desconocidos con desconfianza manifiesta. Sin embargo, se tranquilizó un poco cuando Lambert pidió al tabernero una guitarra y le rogó casi amistosamente que cantase una canción bohemia.

— Con mucho gusto. Venga la *pajandi*, si está templada, y oirán Vds. lo que nunca han oído.

La muchacha en efecto punteaba bien, y su repertorio español y gitano era capaz de divertir á los mas exigentes. Lambert hacia que la cantante le tradujese las coplas que decia con gestos muy mímicos, y el pobre muchacho no podia compaginar la extremada licencia de estas poesías, con el virtuoso bofetón que le habia dado en la mejilla izquierda.

Antes de acabar sus canciones, la gitana pareció reconciliada con los ilustres caballeros que le daban de beber.

— ¿Quiere Vd. aun seguir la prueba? preguntó su camarada á Lambert.

— ¡Gracias! Ni siquiera le propondré á Vd. la revancha. Pero no bastan veinticinco botellas de Rivesaltes para una lección como esta y un contraste tan

curioso. Decir que esta corredorzuela me ha hecho cosas semejantes, y que á las primeras de cambio respondo con un gesto tan poco parlamentario... eso me admira y admirará mucho tiempo. Una cosa me faltaria, saber que mi hermosa cigarrera, — se adivina de quien habla, — habia muerto de hambre junto á un cofre de hierro, confiado á su cuidado. Lo uno seria tanto como lo otro.

Ocurrióle la idea de saber si la gitana presente no podria darle algunas noticias acerca de la extraña criatura, cuyo recuerdo no se iba de su memoria. A sus primeras preguntas Fia Lucilla se hizo la sorda. Habia comprendido con su prontitud ordinaria de quien hablaba Lambert; pero por una ú otra causa, no se tomaba el trabajo de satisfacer su curiosidad. El otro aduanero debió intervenir, como mas versado en los usos y costumbres de aquellos seres semi salvajes. Comenzó tranquilizando á Fia Lucilla respecto de las intenciones de su camarada. Lo que queria era darle un aviso caritativo á la calea. La habian denunciado á los gendarmes, que la buscaban para meterla en *chirona*. La gitanilla que habia aplicado el oído á aquella falaz relacion, se vió sorprendida por esta amenaza indirecta.

— ¡A *chirona*! ¿Quién? ¡la CASDAMI! ¿Maldita desgracia, no es verdad?

Lambert recibió una rodillada por debajo de la mesa; no tenia necesidad de este aviso que su camarada le daba caritativamente para aplicar el oído al interrogatorio comenzado.

— ¿Porqué no iria la CASDAMI, segun tú la llamas, á *chirona*, como otra cualquiera?

— ¿Porqué? porque ella es *lili*, Vd. puede saberlo.

— No sabemos una palabra, te lo aseguro. ¿Pero qué quiere decir esa palabra *lili*? ¿Es gitano, no es verdad?

— *Chachipé, cha hipé*, cierto, cierto. Los *lilis* son aquellos á quienes el Bengue ha cogido la cabeza, y no saben lo que hacer.

— ¿Está pues loca?... Eso no la impide el escamotar de lo lindo. Mi amigo lo sabe muy bien.

— Con efecto, replicó sencillamente. Fia, no es una holgazana; sin ir mas lejos, el otro dia ha ganado un puñado de duros haciendo el *hokkano baro* (la suerte grande), en casa de una señora de Prades... Pero ella está *lili*, desde que ha perdido su *rom*.

— ¡Ah! ¿es viuda! repuso el inquisitorial aduanero, lanzando á Lambert una ojeada significativa.

— ¡Viuda! segun y conforme. Pepindorio no ha muerto... Pero ha despachado á la pobrecita seis meses despues de ser su *romi*.

— ¡Ve Vd. eso!... ¿Supongo, chiquita, que no tenian todavía *chai*?

— No, pero la Casdami estaba embarazada... El pesar la ha vuelto *lili*, cuando dió á luz un niño muerto.

— ¡Caramba qué suceso!... Y se sabe porqué Pependolo...

— He dicho Pepindorio.

— Sea... ¿Y porqué no quiso ser el *rom* de la Casdami?

— Porque era muy mala. Los hombres no quieren ser imitados.

— ¡Demasiado mala para bohemia!... ¡Mala peste! ¿Qué cosas tan terribles tenia ella?

Esta pregunta indiscreta advirtió á la gitanilla que, bajo el pretexto de una conversacion amistosa, sufría un interrogatorio. Se calló, miró á sus dos interlocutores, y se echó á llorar, cosa que no les admiró poco.

— ¿Qué tienes tú, chiquita? exclamó Lambert compadecido.

— Tengo, maldito Payllos, que Vd. repetirá lo que le he dicho. ¡Desgraciada de mí! ¡desdichados pobres ojos míos!...

— ¡Calla bocca! cállate Lilipendi, interrumpió el aduanero, que habia servido hasta entónces de intérprete y empezaba á temer algun escándalo; te prometo no decir nada al *chinabaro*, si quieres explicarnos únicamente cómo podria la Casdami echarte á perder los ojos.

— ¡Los pimientos! ¡los pimientos! gritaba Fia Lucilla con voz interrumpida por suspiros.

— ¿Qué diablos tiene con sus pimientos? se preguntaban con la vista los dos jóvenes.

A fuerza de preguntas adivinaron el enigma. La niña temia padecer en los ojos un suplicio atroz, inventado por los ladrones bohemos, y de uso familiar en la Casdami. Consiste en frotar con pimiento verde los ojos de los avaros, que no quieren revelar el secreto de sus gavetas. Pocos se mantienen firmes cuando se recurre á este remedio heróico.

Despues de muchas geremiadas, tanto mas prolongadas, cuanto mayor era la compasion que se le mostraba, concluyó Fia Lucilla, como todas las de su estofa, aceptando á guisa de consuelo el dinero que le ofrecia Lambert, y la promesa de una discrecion á toda prueba.

Su conversacion empezaba á esparcir lúgubre luz en rededor de esta extraña y temible fisonomía de la Casdami. Mas de una vez se sorprendió Lambert pensando en esta complicacion de nativa ferocidad, desdichas y locura, que formaban un sér á parte, bajo cierto respecto, digno de compasion, y por otro lado merecedor de horror y ódio.

A pesar de todo se le habia borrado esta impresion al cabo de algunas semanas, cuando una mañana le llamó el jefe; se trataba de dar un golpe que exigia destreza y valor. Habian dado aviso de que unos contrabandistas, saliendo de Rosas y recorriendo la cadena de los Alberes debian intentar el introducir una cantidad de sedería española. Lambert estaba encargado de avisar á todos los puestos situados en la montaña; y esto,

aunque era difícil, era lo ménos que habia que hacer.

«Las noticias que tengo del paso de los contrabandistas, continuó el jefe, provienen de fuentes conocidas, de gentes de quienes puede uno fiarse absolutamente, que tienen interés en no engañarnos. He aquí otras de origen mucho mas sospechoso, y que sin embargo, no pueden ser despreciadas. Uno de los jefes de la expedicion, un tal Antonio, bohemio de origen y el mas hábil, segun se dice, de todos ellos, debe separarse de la partida, y aprovechándose de la persecucion de la mayor parte de los nuestros, que atraerá, pasar él solo con un cargamento de blondas por senderos poco frecuentados.

«He aquí su itinerario, indicado con notable precision. Pero lo repito, tal vez es un aviso falso, un medio de hacernos perder su pista, acaso una emboscada, adonde quiere llevarse á los nuestros. La persona que me ha traído estas noticias no es muy segura; al contrario, es sospechosa. Es una gitana. ¿Qué hacer, sin embargo? ¿Poner en movimiento una escuadra sobre su palabra? ¿desguarnecer un paso? ¿ó por una torpe desconfianza, perder la ocasion de una captura magnífica? esto me da que hacer desde ayer... Algo hay que hacer, pero nada que ordenar...»

Lambert habia comprendido muy bien, aun ántes de concluir estas palabras, lo que se exigia de su buena voluntad, ya proverbial. Y pesaba rápidamente el pro y el contra de la determinacion que iba á tomar. No era dudosa para su superior, que tocaba una marcha con los dedos en la mesa de caoba de su despacho.

— Déme Vd. ese pedazo de papel, dijo de repente á Lambert. Tengo, á Dios gracias, buen ojo y buen pié. Un garrotazo, ni aun un tiro de pistola no me asustan. Y si sus informes de Vd. son exactos, imagino que este Antonio no llegará tan fácilmente como cree á Bellegarde.

Dicho esto salió colmado de promesas y de felicitaciones por el jefe, á quien las proezas de Lambert podian hacerle ascender, ó ganar al ménos la cruz, deseándole por esta razon un buen éxito.

Si habeis ido una vez desde los valles floridos del Rossellón á recorrer sus regiones montañosas; si habeis explorado el Vallespir, la Cerdaña, el Conflant, distritos franceses en donde apenas se habla mas que el catalán, y cuyos habitantes, cuando parten para el Languedoc, os dicen sencillamente: *Voy á Francia*: podréis formar idea del aislamiento en que se vió Lambert veinticuatro horas despues de su salida de Ceret, cuando se puso á subir, bien armado por los mas ásperos contrafuertes de los Alberes. Allí nada de vegetacion risueña y perfumada, ninguno de esos bonitos pueblecillos escondidos en algun vallecito como un nido de pájaros entre musgo y flores, ó mas bien, como un enjambre de abejas laboriosas al rededor de un parterre embalsamado. La provincia, escalonada desde lo alto de las montañas al mar, tiene sus tres zonas, como los países colocados en la vertiente oriental de los Andes y de las Cordilleras. A tres horas de Prades, en donde crecen los naranjos en espaldares, comienza la region de las nieves eternas. Lambert, sin llegar hasta estas, se habia extraviado por montañas casi desiertas, en donde apenas hallaba de vez en cuando un labrador que llevaba en hombros un cesto de cieno, ó un pastor que conducia un rebaño de miserables cabras por aquellos derrumbaderos, ente estúpido, que no sabia dar ninguna explicacion razonable á nuestro desgraciado viajero. Los abetos, los fresnos, los alerces, cubrian con su sombría verdura, y ocultaban á la vista, estos paisajes monotonos, en que el sol parecia derramar en vano olas de ardiente luz.

No obstante, despues de muchos rodeos, logró llegar á una miserable posada que estaba marcada en su itinerario como el último alto, y por decirlo así, como su cuartel general. El aspecto no era atractivo; las paredes llenas de grietas, los techos hendidos; el establo y la cocina, el dormitorio y el comedor, eran una sola pieza. Perros, cabras, puercos y cristianos, — sin hablar de otros muchos animales ínfimos, — vivian allí en íntima comunidad, comiéndose mutuamente los unos lo de los otros. ¿Pero qué hacer? Nadie se refugia en aquellos antros humeantes mas que algun viajero huyendo de la tempestad. Y cuando la lluvia cae á torrentes, cuando el vendabal aterra entre las sonorosas gargantas al desdichado caminante, sea este mercader, cazador ó contrabandista, no repara mucho en los inconvenientes del albergue. Un pedazo de pan negro, algunos palos que humean y arden en el hogar, una cama de helechos improvisada en un rincon, le parecen siempre cosas bastante buenas.

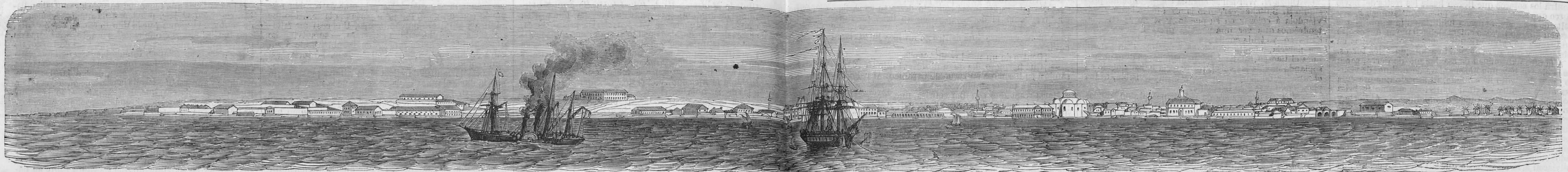
(Se continuará.)

Eupatoria.

Como anunciaba á Vds. en mi última carta, me puse en camino para Eupatoria, y hoy me apresuro á enviar los dibujos que he recogido en esta excursion, que no ha dejado de ser bastante penosa, pues hace ya un frio que apenas permite sostener el lápiz. Todo esto es muy á propósito, pues repito que Eupatoria está llamada á llenar en breve un gran papel en la historia de la campaña de Crimea. Desgraciadamente la situacion me obliga á reservar para otro tiempo las comunicaciones interesantes que no dejaré de hacer en ocasion oportuna.

Desde Sebastopol hasta Eupatoria, la costa y la campaña están cubiertas de colinas y de acantonamientos

(1) Traducida al castellano con el título de *Gabriela de Belle-Isle*.

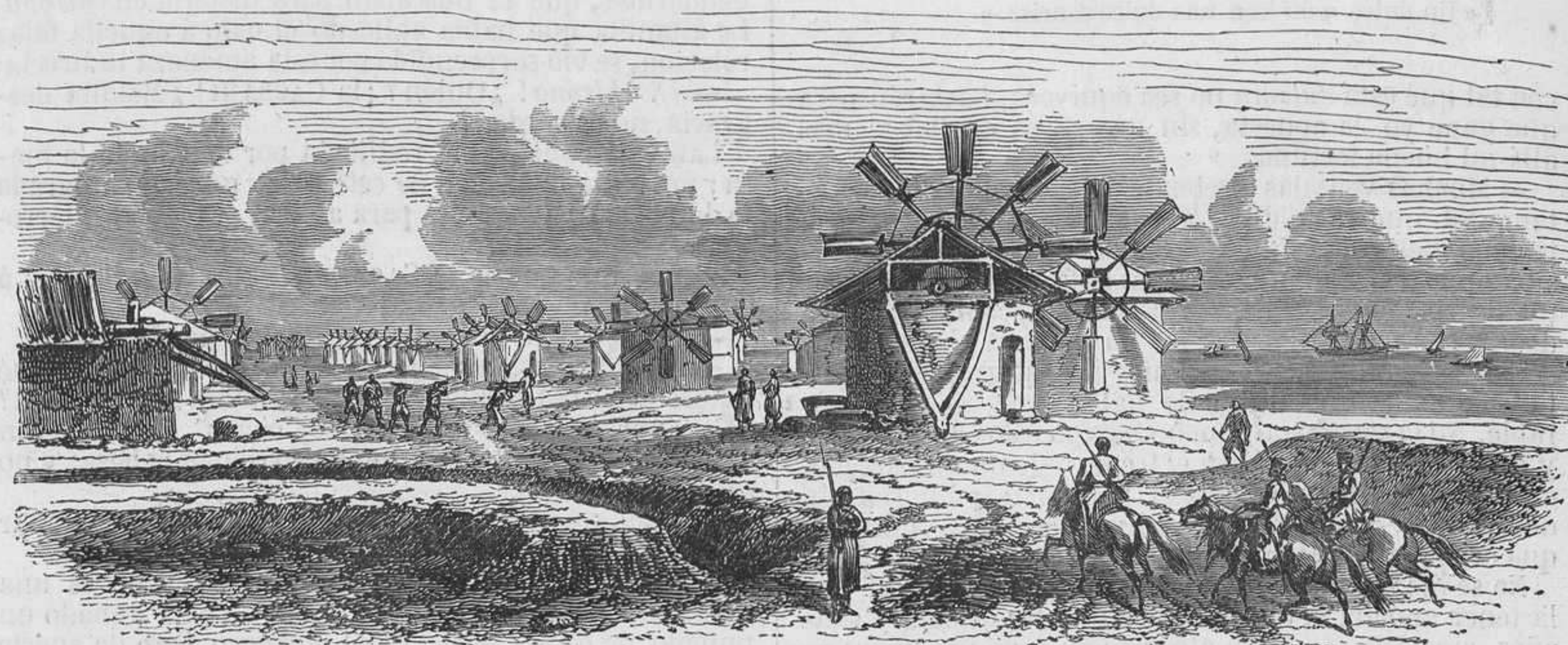


Panorame de la ciudad de Eupatoria.

rusos, y en este momento la ciudad se halla bloqueada por una nube de cosacos, algunos regimientos de caballería regular y una artillería de campaña bastante fuerte.

El terreno en que está edificada es llano, si se exceptúan algunos montecillos de arena que se ven por el lado de la Cuarentena; su extensión es muy grande, todos los establecimientos rusos están á las orillas de la mar y por detrás está la ciudad tártara. No hay muelle ni puerto, no hay mas que una mala rada abierta á todos los vientos, y en cuanto sopla un poco de brisa, el desembarco es casi imposible.

La ciudad, las calles y las plazas son de una sucie-



Aldea de los Molinos en la playa de Eupatoria.



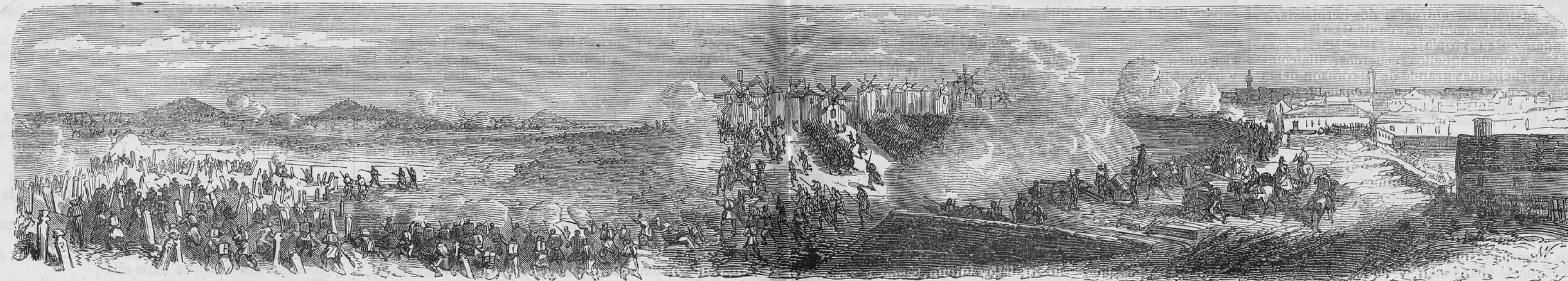
Playa de la ciudad de Eupatoria.



TRAJES TARTAROS. Tártaro auxiliar, niño, hombre y anciano.

dad extrema; por todas partes se encuentran muladares. La población es propia de la ciudad, pero hay que decir que desde la marcha de los rusos, los tártaros y los turcos han destruido casi todo lo que los rusos habían establecido. Muchas construcciones que habrían podido ser útiles han sido demolidas en parte para sacar la madera, entre otras un magnífico cuartel de caballería é infantería situado á unos 500 metros por el lado de la Cuarentena.

Antes de entrar en mas pormenores sobre las circunstancias actuales voy á dar algunas noticias sobre nuestra posición. La ciudad se halla ahora bastante bien



Ataque de la aldea de los Molinos por los Rusos.



Café tártaro, cerca de la mezquita principal en Eupatoria.



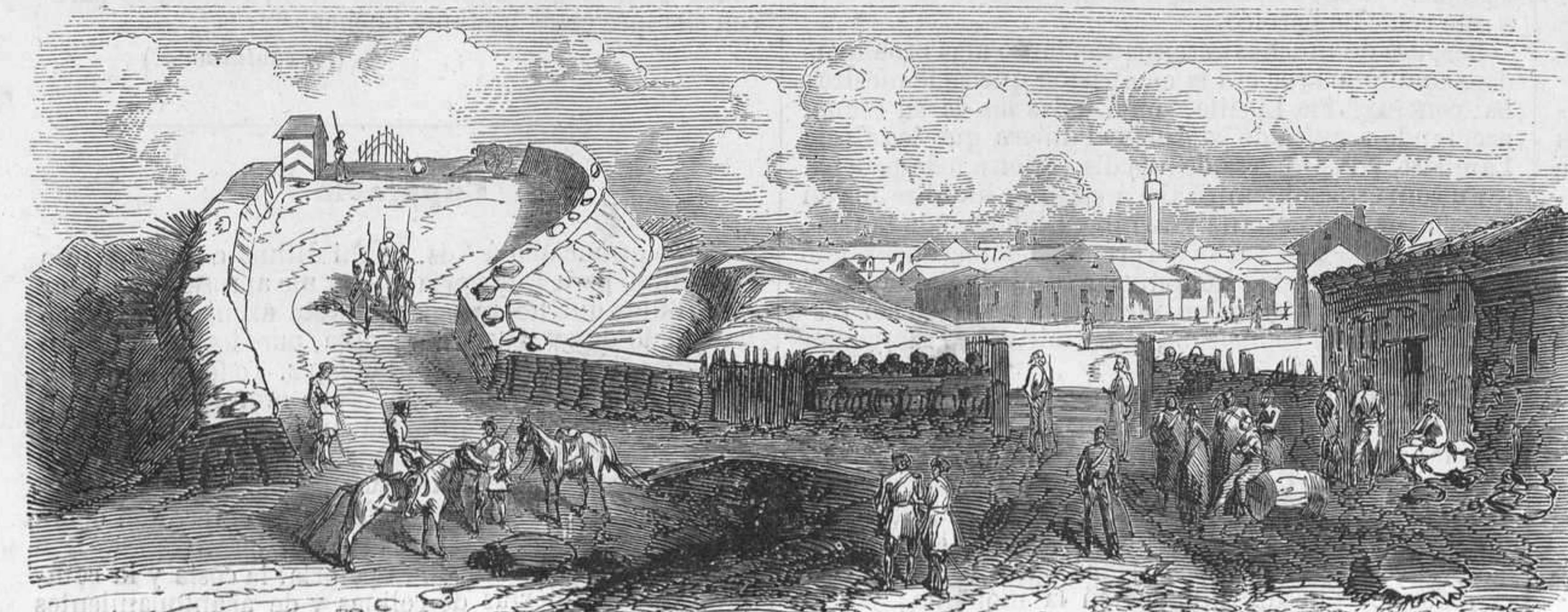
La mezquita principal en Eupatoria.



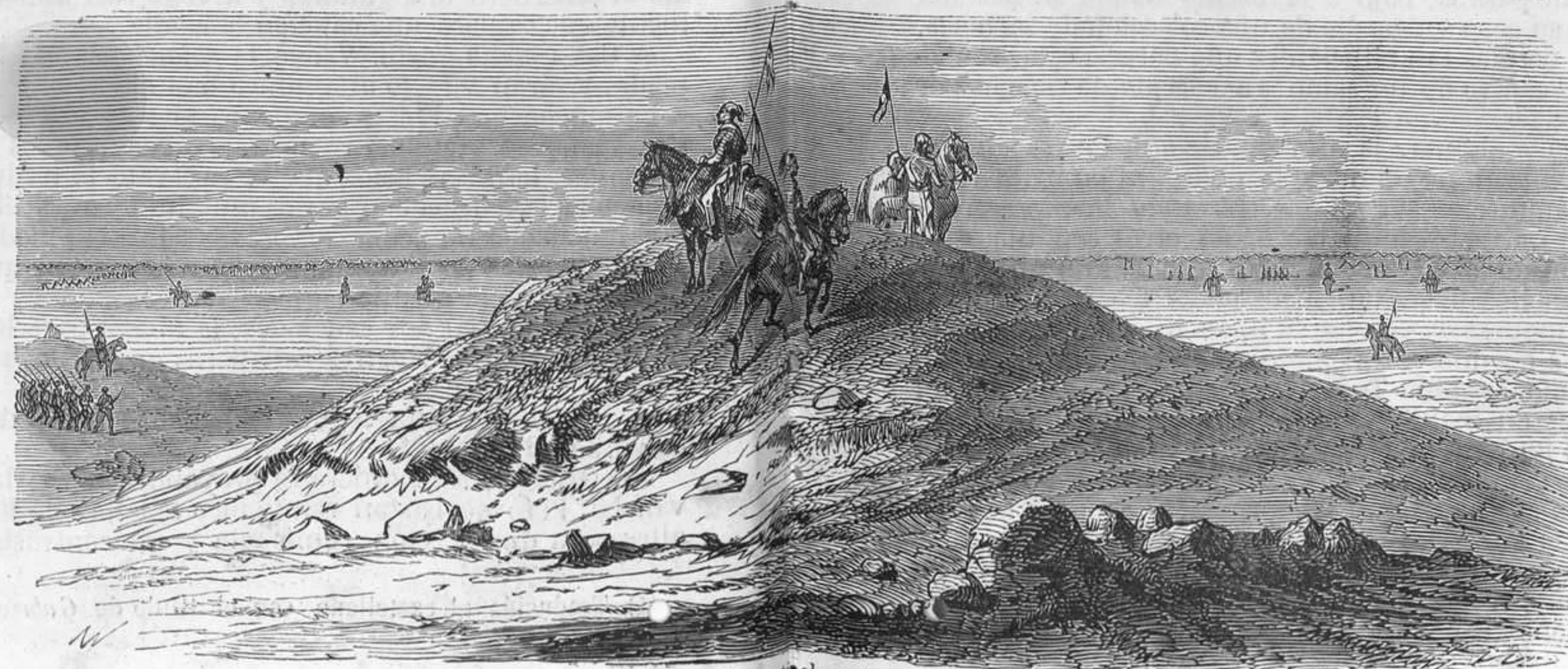
TRAJES TARTAROS. Gítana, niña y mujeres tártaras.

que hacen el servicio de exploradores con los lanceros turcos que han llegado. Parecen muy á nuestro favor y creo sería fácil enganchar muchos; son valientes y duros para el trabajo.

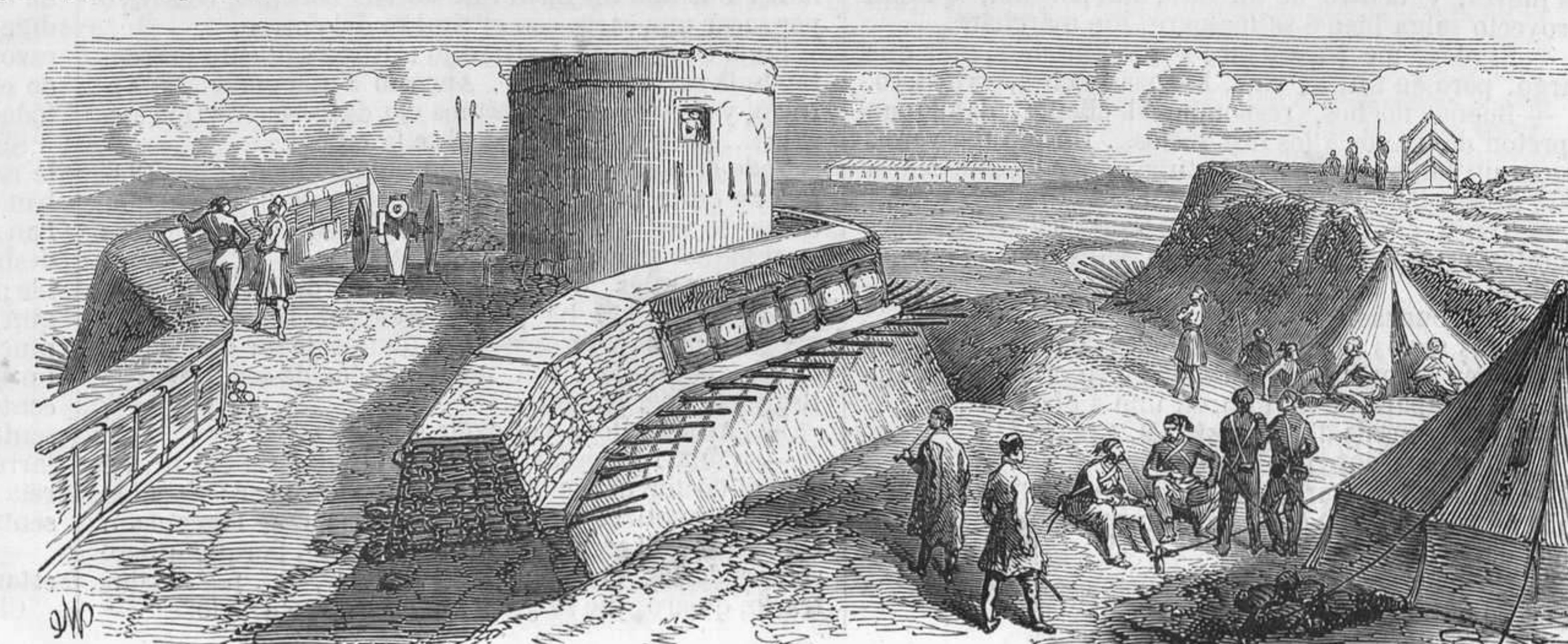
La ciudad que se halla bien defendida por la mar sobre tres de sus lados, lo está tambien hácia la derecha por un gran lago de agua salada, que solo está separado del mar por una lengua de tierra, ó mejor dicho de arena de una anchura de 200 metros con 4 kilómetros de longitud. A su extremidad se halla el pobre Henri IV convertido en fortaleza para defender la entrada de la playa, y que todos los días dispara algunos cañonazos



Puerta fortificada en Eupatoria.



Lanceros turcos de centinela sobre un túmulo.



Molino fortificado en Eupatoria.

contra los cosacos que llegan hasta los restos del navío turco que zozobró mas allá, pues ellos tambien tienen falta de leña, y no pueden hallarla en la campiña que poseen y cuyo terreno enteramente llano no ofrece otra eminencia que algun túmulo que se ve de distancia en distancia y que sirve de puesto avanzado á los turcos.

A la otra extremidad de esa lengua de tierra, cerca de la ciudad hay una aldea entera de molinos de viento; mas de ciento he contado. El aspecto que presenta esa aldea es muy original sobre todo cuando la brisa pone en movimiento á todos los molinos. — Al Norte y por el lado de la montaña existe otra aldea semejante, por la cual 10,000 rusos de caballería y de artillería quisieron últimamente atacar á Eupatoria poniendo en batería detrás de los molinos del Norte 14 cañones; detenidos primeramente por nuestros tiradores que apostados en los molinos y emboscados en el cementerio, no volvieron á la plaza hasta que sus servicios dejaron de ser útiles por fuera, los rusos tuvieron luego que pararse delante de unas fortificaciones no acabadas, defendidas por diez piezas, y por último se vieron obligados á retirarse al cabo de una hora de cañoneo, justamente cuando nuestros artilleros estaban en sus últimas municiones.

Envío á Vds. un dibujo de este ataque llamado aquí la acción del 14, de cuyas resultas la aldea se ha fortificado lo bastante para que hoy se encuentre al abrigo de un nuevo golpe de mano.

En punto á monumentos, Eupatoria posee primeramente una antigua mezquita, cuya majestad contrasta mucho con las miserables habitaciones tártaras que domina y con las tristes construcciones moscovitas; su interior es sencillo, pero elegante. Viene despues el palacio del gobernador, con cuatro columnas en su fachada, y luego una iglesia griega que se parece bastante á una enorme granja, con su campanario de mal gusto. Se descubren tambien algunos minaretes, pero no son ni altos ni pintorescos. Hay una hermosa sinagoga donde existe un monumento de mármol blanco elevado por los judíos en honor del emperador Nicolás. El lazareto es una especie de casa de fieras; lo mejor que tiene es la muralla exterior. En resumen, Eupatoria á pesar de la importancia que debe á su comercio y á su poblacion, solo tiene de notable ese aspecto singular que resulta de la mezcla de turcos, tártaros, rusos y judíos, amalgama particular de los monumentos de la religion de cada uno de esos pueblos elevados en medio de casas sucias y ruinosas y de algunas habitaciones judías con pretensiones al lujo y que trascienden al Asia moderna á diez leguas en contorno.

Nada nuevo sobre Sebastopol sino es que cada dia los rusos tratan de molestar á los trabajadores, y operan nuevas salidas, siempre con poco fruto para ellos. Hace dos dias practicaron una contra el bastion nº 9 en la que perdieron cien hombres; quizás envíe á Vds. un dibujo de esta acción, si tengo tiempo para ello. Por el próximo correo volveré á los sucesos del sitio que me ha obligado á descuidar mi expedición á Eupatoria.

D. B.

El combate de la vida.

HISTORIA DE AMOR POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

— No es necesario que escuchéis, repuso el cliente, no obstante voy á continuar... No tengo intencion de pedir el consentimiento del doctor porque supongo que me le negaria, pero no creo obrar mal con respecto á el, libertando á su hija de un peligro que teme, el de ver que llega M. Alfredo. Estoy bien seguro de lo que digo. Gracias á vuestro cuidado, con el tiempo se restablecerá mi fortuna, y María casándose conmigo será mucho mas rica que si hubiera dado su mano á M. Alfredo. Ya veis que todo en este negocio es muy honroso. Ahora ya conocéis mis necesidades y mis proyectos... ¿Cuándo quereis que salga de esta comarca?

— Dentro de una semana, ¿no es verdad, M. Craggs? dijo Snitchey.

— Un poco ántes, M. Snitchey, respondió Craggs.

— Dentro de un mes, dijo el cliente despues de haber examinado con atencion las dos fisonomías... Hoy es juéves, y dentro de un mes, dia por dia, que mi proyecto salga bien ó se malogre, me marcharé.

— El plazo me parece largo, dijo Snitchey, mas que largo, pero en fin, os vais, buenas noches, caballero.

— Buenas noches, respondió el cliente, dando un apretón de manos á los dos socios... Un dia me veréis hacer un buen uso de mi fortuna; en adelante María será la estrella de mi pensamiento.

— Tened cuidado en las escaleras, caballero, pues vuestra estrella no brilla... dijo Snitchey... ¡Buenas noches!

— Muy buenas.

Los dos socios estaban en lo alto de la escalera con una luz en la mano para alumbrar á su cliente, y cuando este desapareció, se miraron uno á otro.

— ¿Qué pensais de todo esto, M. Craggs?

M. Craggs se encogió de hombros.

— El dia de la marcha de Alfredo, opinamos que pasaba algo de extraño entre la jóven y él en el momento de la despedida.

— Me acuerdo, dijo Snitchey.

— Yo tambien me acuerdo.

— Quizá M. Warden se engaña completamente, prosiguió M. Snitchey cerrando la caja del cliente y volviéndola á colocar en su puesto, y si no se engaña, tendríamos que ver una perfidia mas, M. Craggs. Sin embargo, yo tenia confianza en aquellos bonitos ojos; me parecia, añadió Snitchey endosándose su gaban, pues el tiempo estaba frio, poniéndose sus guantes y soplando una de las velas, me parecia haber notado en el carácter de María una mejora muy sensible, se iba pareciendo mas á su hermana.

— Mistress Craggs era de la misma opinion, repuso Craggs.

— Algo bueno daría esta noche, dijo M. Snitchey, que en el fondo era un buen hombre, si pudiera creer que M. Warden ha contado sin la huésped; pero á pesar de su ligereza, de su excentricidad, hay que convenir en que posee cierto conocimiento del mundo.

— Sí, es verdad.

— Y por cierto que lo ha pagado caro; en cuanto á nosotros, mi querido Craggs, nada podemos hacer en todo esto, por consiguiente dejaremos que ruede la bola.

— Pienso lo mismo, respondió Craggs.

— Nuestro amigo el doctor trata estas cosas muy ligeramente, dijo Snitchey meneando la cabeza; ¡con tal de que no llegue la ocasion en que tenga necesidad de toda su filosofía! Nuestro amigo Alfredo habla del combate de la vida... deseo que no sucumba en el primer encuentro... ¿Teneis vuestro sombrero, M. Craggs? Voy á soplar la otra vela.

Y como Craggs respondiera afirmativamente, Snitchey apagó la luz, y luego los dos socios salieron del cuarto del consejo, que se quedó tan oscuro como esta historia, tan oscuro como la ley, generalmente hablando.

La escena pasa ahora en un pequeño despacho donde aquella noche el buen doctor Jeddler y sus dos hijas se hallaban sentados junto á una hermosa lumbre.

Gracia estaba cosiendo y María leía en alta voz. El doctor envuelto en su bata y con los pies bien abrigados y extendidos sobre la alfombra, estaba arrellanado en su sillón y miraba á sus hijas mientras escuchaba atentamente la lectura.

En tres años el tiempo habia dulcificado los contrastes que ántes se notaban entre las dos hermanas, y María tenia ahora la fisonomía serena de Gracia.

« Y hallándose en su propia casa, leía María, casa que hacian tan adorada aquellos recuerdos, ella comprendió que la prueba mas grande de su corazón debía comenzar en breve. ¡O home! nuestro consuelo, nuestro amigo, cuando todo nos abandona; ¡home! que no podemos abandonar sin dolor... »

— ¡María, amor mio! dijo Gracia.

— ¿Qué es eso, qué tienes? exclamó el doctor.

María puso su mano en la mano que Gracia la tendía, y concluyó leyendo con voz conmovida y trémula, á pesar de los esfuerzos que hacia por calmar su emocion.

« Home que no podemos abandonar sin dolor en ninguna época de la vida. ¡O home! siempre tan fiel, y en cambio tan desdeñado muchas veces, sé indulgente con aquellos que te abandonan, y no los persigas con remordimientos demasiado crueles en su vida errante... ¡que no vean en sus sueños las dulces sonrisas de otros días! »

— Querida María, no leas mas esta noche, dijo Gracia viendo á su hermana que lloraba.

— Me parece que estas palabras están escritas en letras de fuego, respondió María cerrando el libro.

El doctor acarició á su hija sonriendo.

— ¡Cómo! ¡tanto te trastorna un cuento!... ¡un cuento!... letras y papel... Pero es verdad que tan serias son esas cosas, como todas las demás que hay en el mundo... pero enjuga tus lágrimas, hija mia... ¿Qué quereis?... añadió el doctor viendo entrar á Clemency.

— Venid un poco aparte, señor amo.

El doctor sorprendido se fué hácia donde le llamaba la criada.

— Deciais que no os daría una, exclamó Clemency.

Un forastero que hubiera sido testigo de aquellas singulares miradas y del éxtasis en que parecia hallarse Clemency, con las manos alzadas, habria podido suponer que la palabra *una*, en la acepcion mas favorable, significaba una caricia casta.

El doctor se alarmó un instante, pero en breve recuperó su sangre fria al ver á Clemency, que despues de haber buscado un buen rato en sus bolsillos, concluyó por sacar una carta con el timbre del correo.

En el sello se leía A. H., dijo misteriosamente presentando la carta al doctor. Apuesto á que vuelve M. Alfredo, y de seguro tendremos dia de bodas... ¡Qué alegría!... ¡con qué lentitud abre la carta!...

Todo esto fué dicho en forma de monólogo por Clemency en tanto que, en su impaciencia por saber noticias, se entregaba á las contorsiones mas grotescas para llamar la atencion del doctor.

— Hijas mias, oidme, exclamó el doctor, no puedo vencerme, nunca he podido guardar un secreto... es verdad que hay pocos secretos dignos de ser guardados en semejante... En fin, no hablemos de eso... Alfredo llega ya, queridas mias.

— ¡Alfredo llega ya! exclamó María.

— ¡Cómo! ¿hemos olvidado la historia del libro? dijo el doctor haciendo una caricia á María; ya sabia yo que la noticia en cuestion secaria esas lágrimas... Guardadme el secreto, me dice Alfredo, porque quiero sorprenderlas. Pero, añadió el doctor, no, por el contrario, quiero que salgamos todos á encontrarlo.

— ¡Alfredo llega ya! repitió María.

— No tan pronto quizá como lo desea tu impaciencia, respondió el doctor, pero en fin llega próximamente. Vamos á ver: hoy es juéves, ¿no es verdad? Pues bien, asegura que dentro de un mes justo estará aquí.

— ¡Dentro de un mes! repitió María.

— ¡Qué hermoso dia para nosotras! dijo Gracia besando á su hermana en signo de parabien. Al cabo llega esa hora tan esperada...

María respondió con una sonrisa, una sonrisa triste, pero impregnada de cariño fraternal, y al ver la radiante fisonomía de su hermana, al oír su voz armónica que cantaba la dicha de aquella vuelta, su rostro tambien se iluminó con una expresion de esperanza y de alegría.

El doctor Jeddler, á despecho de su sistema filosófico, que rara vez ponía en práctica (pero los grandes filósofos nunca obran de otro modo), el doctor Jeddler, decimos, no podia ménos de interesarse en la vuelta de su pupilo, como se interesa uno en todo acontecimiento serio. Volvió pues á sentarse en su sillón, extendió de nuevo sus piés sobre la alfombra, y luego leyó la carta mas de una vez, mientras hacia sendos comentarios.

— ¡Ah! hubo un tiempo, dijo el doctor clavando sus ojos en la lumbre, hubo un tiempo en que tú y él, Gracia, teniais la costumbre de correr juntos de bracero; ¿te acuerdas?

— Sí, respondió Gracia con su amable sonrisa, y continuando su labor activamente.

— ¡Dentro de un mes justo! dijo el doctor con acento meditabundo... Y en aquel tiempo ¿dónde estaba mi querida María?

— Nunca estaba muy lejos de mi hermana, repuso la niña alegremente, pues Gracia era todo para mí desde nuestra mas tierna infancia.

— Es cierto, muy cierto, hija mia, dijo el doctor; Gracia era ya una mujercita, una mujercita muy casera, ¡qué amable y qué buena! ¡qué pronto olvidaba sus deseos para satisfacer los de los otros! nunca te he visto obstinada en ninguna cosa, Gracia, mi querida mia, si no es sobre un solo punto...

— Temo haber perdido mucho en mi desventaja desde aquel tiempo, respondió Gracia sin levantar la cabeza de su labor; ¿y qué punto era ese, mi querido padre?

— Alfredo, naturalmente, respondió el doctor; querias que á la fuerza te llamarán la mujer de Alfredo, y habrias preferido ese título al de duquesa si te le hubieran propuesto.

— ¿De veras? dijo Gracia con acento sereno.

— ¿Pues que lo has olvidado ya? preguntó el doctor.

— Creo acordarme un poco de eso que decís... ¡pero hace tanto tiempo!...

Y se puso á tararear una cancion antigua que al doctor le gustaba sobremanera.

— Alfredo tendrá pronto una mujer real y verdaderamente, repuso Gracia al cabo de un instante, y entonces todos seremos dichosos. La mision de tres años que me encomendó toca á su término, María, y en verdad no me ha costado gran trabajo cumplir con ella. Le diré cuando te entregue á él que no has cesado de amarle tiernamente, y que jamás le he sido necesaria durante su ausencia. ¿Podré decirle esto, amor mio?

— Podrás decirle, querida Gracia, que nunca llenó nadie un encargo semejante con mas generosidad, con mas nobleza, con mas resolucion; podrás decirle que nunca he cesado de amarte, y que cada dia que pasa te amo mas.

— No, dijo Gracia alegremente dando un beso á su hermana, no le diré eso; dejemos á la imaginacion de Alfredo el trabajo de adivinar tu mérito; su imaginacion será tan liberal como la tuya, querida mia.

Y dicho esto continuó su labor que habia dejado un instante al oír las apasionadas palabras de su hermana, y luego volvió á empezar la cancion favorita del doctor, en tanto que este tendido en su butaca escuchaba llevando el compás sobre su rodilla con la carta de Alfredo. De tiempo en tiempo miraba á sus dos hijas y se decia que entre las mil extravagancias de este mundo extravagante, las extravagancias que presenciaba no dejaban de tener cierto encanto.

Durante este tiempo, Clemency Newcome, despues de haber cumplido su mensaje, y despues de haber rodado un poco por el cuarto á fin de saber alguna cosa de lo que pasaba, bajó á la cocina donde M. Breñaña digería su cena en medio de una coleccion de sartenes, cazos y peroles tan relucientes que parecia estar sentado en el centro de un salón guarnecido de espejos por todas partes.

Sin duda alguna, la mayoría de aquellos espejos no le reproducian de un modo lisonjero, ni tampoco estaban unánimes en sus reflejos. Los unos le representaban con un rostro muy largo, los otros con una cara desmesuradamente ancha. Estos le daban un aire amable; aquellos le hacian atrozmente feo, cada cual según su manera de reflejar su imagen; en esto se parecia mucho á las diferentes opiniones de las personas sobre un mismo asunto. Todos, sin embargo, se hallaban contentes en manifestar que en medio de ellos estaba sentado un individuo con una pipa en la boca y con un jarro de cerveza á su lado, y que este individuo se sonreia con satisfaccion al ver á Clemency que se hallaba sentada á la misma mesa.

— Clemency, dijo Breñaña, ¿qué tal os encontráis á estas horas y cuáles son vuestras noticias?

Clemency contó las noticias á Breñaña, que las oyó

con muestras de agrado. Una graciosa metamorfosis se había operado en él; se había vuelto mucho mas ancho, mucho mas encarnado, mucho mas alegre, y bajo todos conceptos, mucho mas amable. Habría dicho que su rostro despues de haber estado largo tiempo oprimido en un lazo, de repente se había abierto libre de aquel estorbo.

— Me parece que van á tener que hacer Snitchey y Craggs, dijo aspirando lentamente el humo de su pipa; quizá tendríamos que firmar de nuevo, Clemency.

— ¡Oh! mucho me alegraría de que fuera mi vez, dijo Clemency.

— Vuestra vez... ¿de qué?...

— De casarme, Bretaña.

Benjamin se sacó la pipa de la boca, y soltó á reír á carcajadas.

— En efecto, la dijo, teneis todas las condiciones que se requieren para eso, pobre Clemency.

Clemency pareció alegrarse con esta idea.

— Sí, repuso, tengo todo cuanto se necesita para eso, ¿no es verdad?

— Ya estais bien persuadida de que nunca os casaréis, dijo Bretaña volviendo á tomar su pipa.

— ¡Cómo!... ¿eso creéis? preguntó sencillamente Clemency.

Bretaña se encogió de hombros.

— Hay pocas probabilidades de ello, la contestó.

— ¿Y vos, no pensais casaros uno de estos dias, preguntó Clemency.

Una pregunta tan imprevista sobre un asunto de tanta importancia, pedia algunas reflexiones. Bretaña despues de haber lanzado al aire una fuerte bocanada de humo que contempló como se cernía sobre su cabeza ya por un lado ya por otro, como si aquella nube hubiera sido la pregunta que era necesario examinar bajo todos sus aspectos, respondió que sin hallarse bien edificado sobre aquel punto, creía no obstante la cosa muy posible tarde ó temprano.

— Cualquiera que sea la mujer con quien os caseis, deseo que sea muy dichosa, dijo Clemency.

En aquel momento M. Bretaña se hallaba en un estado de completa satisfaccion, y el goce de la pipa le absorbía hasta tal punto, que apenas tuvo valor para volverse hácia Clemency para decirle con tono muy grave:

— Muy alta es la opinion que de mí teneis, Clemency, y esto no me extraña, pues no siempre he sido lo que soy en el día, Clemency. En mi tiempo hice grandes estudios, profundicé mucho la filosofía, pues cuando era jóven seguía la carrera literaria.

— ¡De veras! exclamó Clemency con admiracion.

— Sí, continuó M. Bretaña; durante unos dos años he estado encerrado detrás de un mostrador de librería, siempre dispuesto á lanzarme al cuello del primero que se atreviese á robar un tomo. Despues estuve de mozo en casa de una corsetera que me hacía llevar mentiras en cajas de carton cubiertas de hule, circunstancia que quebrantó algun tanto mi confianza en la raza humana. Luego vine á casa del doctor Jeddler donde he oido un mundo de discusiones que han trastornado mi cabeza. Por eso despues de bien pensado todo, opino que no hay nada mejor que una *cáscara de nuez*...

Clemency quiso abrir la boca, pero Bretaña no la dió tiempo para ello.

— Combinada, añadió gravemente, con un dedal de costura.

— Bien, bien, haced lo que querais, dijo Clemency cruzándose de brazos y acariciándose los codos para manifestar la alegría que la causaba aquella confesion.

— No estoy seguro, repuso Bretaña, de que esto pueda considerarse como una buena filosofía... tengo mis dudas... pero en fin, me encuentro bastante satisfecho.

— Ya veis como habeis cambiado en provecho vuestro, dijo Clemency.

— Lo que mas me sorprende, repuso Bretaña, es que este cambio os lo debo á vos, Clemency, y sin embargo, no puedo suponer que tengais la mitad de una idea en la cabeza.

Sin dárse por ofendida ni aun remotamente con esta suposicion, Clemency contestó riendo:

— Tampoco yo lo supongo.

— ¡Oh! habeis dicho una verdad como un puño.

— Ya lo creo, Bretaña; no abrigo la pretension de tener una idea... ¿para qué?

Benjamin se sacó de nuevo la pipa de los labios y reía que se desternillaba.

— ¡Qué sencilla sois, Clemency! dijo meneando la cabeza y enjugándose los ojos.

Y los dos se echaron á reír que hacían temblar la cocina á carcajadas.

— Pues bien, repuso Bretaña, no puedo ménos de amaros; en vuestro género sois una excelente criatura, y quiero que me deis un apretón de manos; suceda lo que quiera, siempre pensaré en vos, y siempre seré vuestro amigo.

— ¿De veras? exclamó Clemency... ¡qué bueno sois, Bretaña!

— Sí, sí, dijo Bretaña sacudiendo la ceniza de su pipa, os protegeré... pero escuchad... ¿no oís el ruido?...

— ¿Qué ruido?

— Parece que alguno se ha dado contra la pared, allá arriba... ¿Se han acostado todos?

— Sí, todos.

— ¿Y no habeis oido nada?

— No.

Y ambos prestaron el oido, pero nada se oyó.

— Para cerciorarme, dijo Benjamin tomando una linterna, voy á dar una vuelta ántes de meterme en la

cama... Abrid la puerta, Clemency, miéntras enciendo el farolillo.

Clemency abrió de prisa la puerta, diciendo que era trabajo inútil para Bretaña, tiempo perdido.

— Puede ser muy bien, respondió Bretaña.

Pero esto no le impidió salir con un palo en una mano y la linterna en la otra.

— Todo está tan callado como en un cementerio, dijo Clemency siguiéndole con los ojos.

Pero despues echando una mirada por la cocina, lanzó un grito á la vista de una persona que se adelantaba hácia ella.

— ¡Silencio! dijo María en voz baja.

— Señorita.

— Me has amado siempre, ¿no es verdad? añadió con emocion.

— Yo lo creo, respondió Clemency.

— Lo sé, lo sé, por eso puedo fiar en tí, ¿no es cierto?... Mira, en esta ocasion, solo en tí puedo fiarme.

— Soy vuestra, señorita.

— Un hombre está ahí, dijo María mostrando la puerta, á quien es preciso que vea esta noche.

— ¿Quién?

— Miguel Warden.

— Sorprendida y trémula, Clemency se volvió con presteza y distinguió una figura sombría parada en el umbral de la puerta.

— Todavía no es tiempo, dijo María, van á sorprenderos; ocultaos en alguna parte y esperadme, que volveré dentro de algunos minutos.

Miguel Warden saludó con la mano á María, y se alejó.

— No os asusteis, dijo precipitadamente María á Clemency; hace mas de una hora que estaba espiondo el momento favorable. ¡Oh! no vendais mi confianza.

Y tomando una mano de Clemency entre las suyas, María la estrechó contra su corazón, y despues de esta súplica muda, mas expresiva que las palabras mas elocuentes, desapareció.

Un instante despues Bretaña entraba en la cocina.

— Todo está tranquilo, dijo, no he visto nada: lo que es tener una imaginacion ardiente, añadió cerrando bien la puerta... ¡Ah! otra tenemos... ¿qué es eso?...

Clemency, sin poder ocultar su turbacion, se habia sentado en una silla y temblaba en todos sus miembros.

— ¿Y me lo preguntais á mí despues de haberme hecho morir de miedo con vuestra alarma, vuestra linterna y todas vuestras ideas?

— De poco os asustais, Clemency, repuso Bretaña apagando con precaucion la linterna que volvió á colocar en su sitio.

— ¿Qué os ha venido á la cabeza? ¿una idea?...

Pero como Clemency le dió las buenas noches como de costumbre, y pareció dispuesta á marcharse á la cama cuanto mas ántes, Bretaña, previas algunas reflexiones sobre los caprichos inexplicables de las mujeres, se despidió tambien cordialmente, y tomando una vela, salió sin mucha prisa en direccion á su dormitorio.

Quando todo volvió al silencio, María entró de nuevo en la cocina.

— Abrid la puerta de la casa, dijo á Clemency, y permaneced á mi lado miéntras dura la conversacion que voy á tener con Miguel Warden.

A pesar de su timidez natural, María daba pruebas en aquel momento de una resolucion de ánimo á cuya influencia no pudo resistir Clemency, que descorrió los cerrojos de la puerta; pero ántes de dar vuelta á la llave, lanzó á la jóven una mirada inquieta.

Léjos de mostrarse confusa y abatida, María en todo el brillo de su juventud y de su hermosura, miró á Clemency con ojos serenos y puros. Al pensar, como por instinto, que aquella feliz familia estaba amenazada de perder su tesoro mas precioso, Clemency sintió que su corazón se oprimía con tantas angustias que se arrojó al cuello de María anegada en llanto.

— Muy poco es lo que yo sé, mi querida María, la dijo, muy poco, pero sé que haceis mal; reflexionadlo.

— Está bien reflexionado, Clemency, contestó María.

— Reflexionado mas aun, dijo Clemency con voz suplicadora; dejadlo nada mas que para mañana.

María contestó con un movimiento de cabeza negativo.

— En nombre de M. Alfredo, continuó Clemency, en nombre del que habeis amado tanto.

— Dejadme salir, dijo María con voz cariñosa.

— ¿Quereis que yo le hable?... No atraveséis el umbral de la puerta esta noche... estoy segura de que os sucederá alguna desgracia... Pensad en vuestro padre, en vuestra hermana:

— Todo está ya pensado, creedme, dijo María; no comprendéis lo que hago, es preciso que le hable. Os agradezco con todo mi corazón vuestros tiernos consejos, y conozco que tengo en vos una amiga sincera, pero es indispensable que cumpla mi proyecto. ¿Quereis venir conmigo, Clemency, continuó con acento afectuoso, ó me dejais ir sola?

Dolorosamente desanimada, Clemency dió vuelta á la llave y abrió la puerta.

María llevando por la mano á Clemency se adelantó en las tinieblas con paso seguro. Miguel Warden se acercó á ella y hablaron con animacion. Clemency sintió que la mano que tenia asida su mano temblaba, ardía y se enfriaba alternativamente.

Concluida la conversacion, las dos mujeres se volvieron á la casa; él las siguió hasta la puerta y allí, despues de una corta pausa, tomó la otra mano de Ma-

ría y la llevó á sus labios; en seguida desapareció, la puerta se cerró de nuevo, y María se hallaba bajo el techo paternal, sin que á pesar del secreto que queria guardar, á pesar de su juventud, su valor se hubiese debilitado en lo mas mínimo. Unicamente aquella expresion para la cual no pudo hallar nombre en una circunstancia precedente, resplandecía ahora sobre su rostro en medio de las lágrimas que le inundaban.

María dió gracias nuevamemte á su humilde amiga, y despues de haberla repetido que en ella depositaba su entera confianza, se volvió á su cuarto. En cuanto entró, la jóven cayó de rodillas y se puso á rezar no obstante el secreto que pesaba sobre su corazón; luego, concluida su oracion, se acercó pálida y serena al lecho donde reposaba su hermana querida, y se inclinó para contemplar su dulce rostro y su sonrisa, con tristeza, es verdad, y murmurando al tiempo que besaba su frente palabras de ternura y gratitud por el cariño de hermana que aquella madre no habia cesado de prodigarla desde su infancia.

Un momento despues, acostada ya con su hermana, tomó su brazo para pasarle en torno de su cuello, y el brazo obedeciendo, parecia que por voluntad propia permanecía en aquel puesto, tierno y protector, aun durante el sueño. Luego sobre los labios entreabiertos de su protectora *sopló* estas palabras: ¡Dios mio, bendicidla! y se durmió á su vez con un sueño apacible, un solo instante turbado por un sueño en medio del cual exclamó con una voz tierna y pura que se hallaba sola en el mundo, y que todos la habian olvidado.

Un mes pasa pronto, aun las veces que mas tarda. El mes que separaba aquella noche del día fijado para la vuelta de Alfredo marchó rápidamente, y por fin llegó el día; pero era un día terrible de invierno durante el cual la vieja casita temblaba al soplo impetuoso de la tormenta. Era uno de esos dias que hacen al *home* doblemente querido y que proporcionan al lado de la lumbre nuevos goces; uno de esos dias en que se aprecian las persianas cerradas, las miradas placenteras, la música, la risa, el baile, la luz y todos los placeres de la vida.

El doctor habia hecho numerosos preparativos para celebrar la llegada de Alfredo que debia tener lugar aquella misma tarde. Todos los amigos habian sido convidados para que Alfredo no echase de ménos ni una sola de las personas que amaba, y nada absolutamente se habia escapado á la precaucion vigilante del doctor, que habia prodigado todos los tesoros de la hospitalidad.

Fué aquel un día de grande agitacion para todos los de su casa y sobre todo para Gracia, que sin precipitacion ni aturdimiento dirigia los trabajos dando vida y animacion á todos los preparativos. Mas de una vez durante aquel día, como habia acontecido durante el mes que acababa de transcurrir, Clemency habia lanzado á María algunas miradas llenas de ansiedad y á veces de espanto; pero aunque la fisonomía de esta respiraba una tranquilidad que la hacia mucho mas bella, veía, sin embargo, mas pálida que de costumbre. Poco ántes de anochecer María habia terminado su prendido de baile, pero cuando Gracia colocaba sobre su cabeza una guirnalda entrelazada con las flores favoritas de Alfredo, su fisonomía tomó una expresion pensativa y casi melancólica que la hizo mas hermosa todavia.

— Querida María, dijo Gracia, ó soy una falsa profetisa, ó la primera corona que ponga sobre esta encantadora cabeza será la corona de las desposadas.

Un estrecho abrazo y una dulce sonrisa sirvieron de contestacion á estas palabras, pero María reteniendo á Gracia, la dijo:

— Espera, Gracia, no te vayas aun; ¿estás bien segura de que ya no necesito nada?

— Mi arte no alcanza mas allá, querida mia, es como tu hermosura; en mi vida te he visto mas hermosa.

— Y nunca me he encontrado mas feliz, respondió María.

— Sin embargo, te está reservada una felicidad mayor; bien luego Alfredo y su jóven esposa habitarán en una casa tan alegre, como está hoy la nuestra, dijo Gracia.

María se sonrió de nuevo.

— Y esa morada futura será un paraíso, ¿no es verdad? añadió Gracia. Leo en tus ojos que así lo piensas; así será, querida mia.

— Vamos, vamos, gritó el doctor entrando alegremente; ya estamos dispuestas á recibir al jóven... pero ¡ay! llegará tarde, á cerca de media noche, de modo que tenemos tiempo para prepararnos al placer que nos espera... Leña en el fuego, Bretaña, que la llama de la chimenea ilumine las flores que adornan la sala... Este mundo es un contrasentido; hija mia, los amantes y todo lo demás... contrasentido; pero imitarémos á todo el mundo, y harémos á nuestro amante fiel una acogida extraordinaria... A fe mia, añadió el viejo doctor contemplando á sus hijas con orgullo, entre otros mil absurdos, tengo esta noche el absurdo de creerme el padre de dos niñas encantadoras.

— Si una de ellas os ha causado algun disgusto, si... algun día... debe causaros otro, dijo María, perdonadla... decidla que siempre la amaréis y...

María no acabó y ocultó su rostro contra el pecho de su padre.

— ¡Perdonar! ¡perdonar! exclamó el viejo en tono cariñoso, ¿y qué puedo yo tener que perdonarte? Vamos, hija mia, eres una loquilla, abrázame y ahuyenta esas malas ideas... Vamos, vamos, que haya buena lumbre, que todos tengamos calor y estemos alegres, ó sino me enfado.

(Se continuará.)

Fragmentos de una carta sobre la India.

De la correspondencia privada de un curioso viajero tomamos los siguientes pasajes explicativos de los dibujos que acompañan.

Delhi 14 de noviembre...

Mi querido N.... Ayer (por la noche llegué a Delhi, deseoso de volver a ver esta ciudad que me habia dejado tan gratos recuerdos. Por eso antes de amanecer me paseaba ya por las calles desiertas. Dirigime hacia la mezquita principal, vasto edificio de mármol blanco y rosado, y subí por una escalera exterior como *quello della Santa Trinita a Roma*, hasta lo alto de sus minaretes. Apoyado en la balaustrada contemplé largo tiempo la extensa capital mogola que dormia á mis piés, apenas alumbrada por los primeros rayos de la aurora. Sin embargo no describiré aquí tan soberbio espectáculo; quiero únicamente enviar á Vd. por este correo algunos dibujos con sus explicaciones mas necesarias, pues en vano mi lápiz querria dar á Vd. una idea de un cuadro tan vasto.

Al pasar por la calle de los Plateiros, la calle mayor de Delhi, me vieron algunos comerciantes que habian madrugado tanto como yo, y me reconocieron. Cuando me acerqué á la casa en donde vivo, se acercó á mí un hombre, vestido con un pedazo de tela encarnada y acompañado de dos ó tres chicos, y se entabló entre nosotros el siguiente diálogo:

— Caballero, prométame Vd. que me comprará algo.

— ¡Ah! es Vd. Notmal, le dije yo, pues reconocí al prendero que en otro tiempo me vendió algunos objetos de valor; ¿y cómo vamos?



Un comerciante de Dehli quemando el cuerpo de su padre en las orillas del rio Jumma.

— ¡No me ha olvidado Vd. caballero! Mil gracias, será Vd. siempre mi parroquiano ¿no es verdad?

— ¿Y que tiene Vd. ahora de bueno?

— Tengo unas armas magnificas, unas armas que le daria á Vd. mas baratas que ninguno de mis rivales.

— ¿Y dónde están?

— Aquí cerca, caballero.

— Vaya Vd. á buscarlas y vuelva pronto.

Pero Notmal no me escuchaba ya; lanzaba en torno suyo miradas desesperadas pues se encontraba envuelto entre una nube de prenderos que se iba aumentando prodigiosamente. Lo que mas le atormentaba era que sus rivales no estaban como él con las manos vacias. Me miraba con aire suplicante, y con los ojos llenos de lágrimas.

— ¿Qué tiene Vd. Notmal? le dije yo; ¿porqué se aflige Vd.? le prometo á Vd. que aquí le esperaré.

— ¡Ah! exclamó retorciéndose las manos; no sabe Vd. cuan desgraciado soy.

— ¿Pues qué le sucede?

— No podré traer mis armas antes de esta noche.

— Mucho tiempo es; ¿quién le impide á Vd. el traerlas ahora mismo?

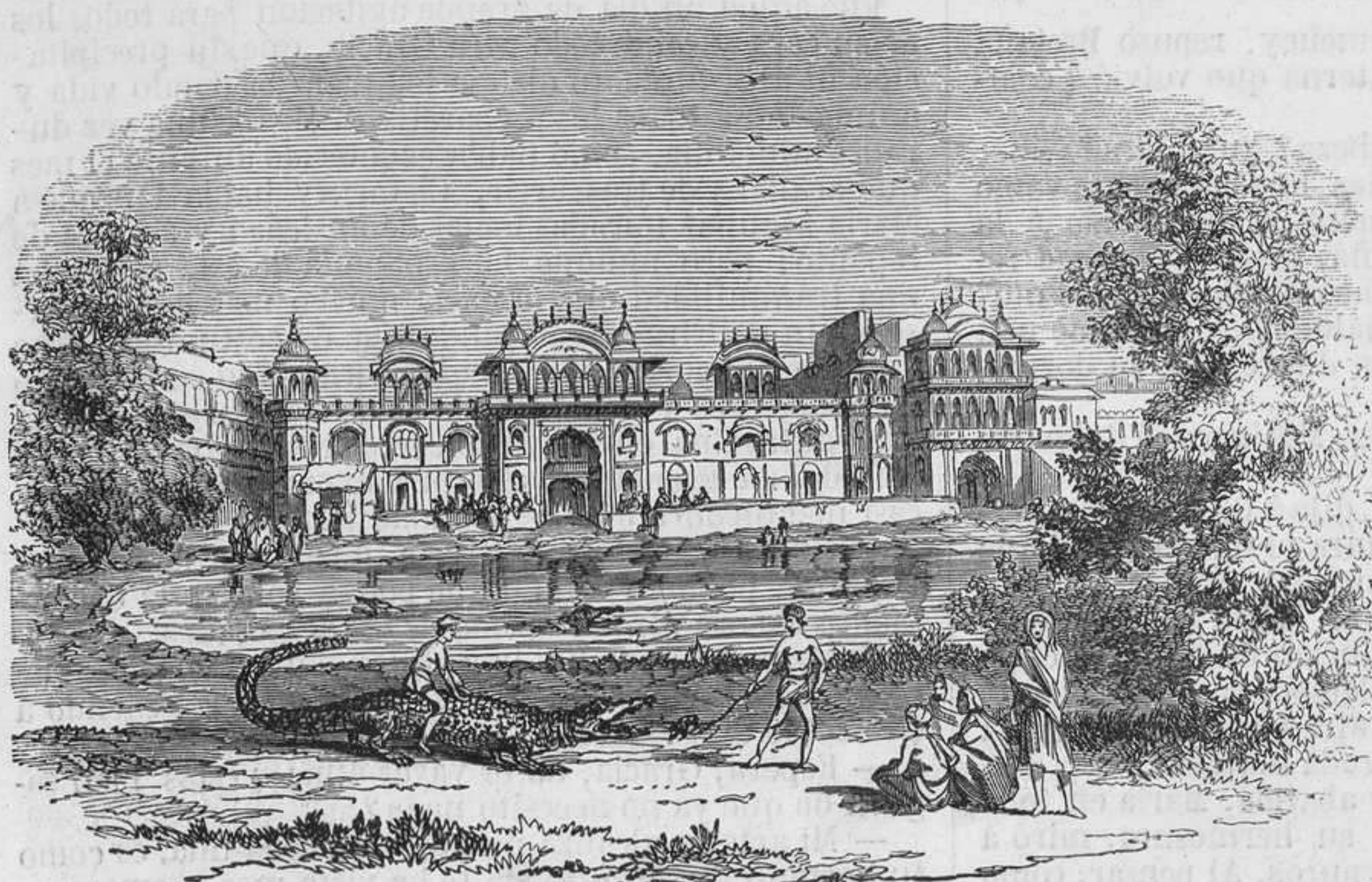
— Mi padre, caballero.

— Dígame Vd. que tengo prisa, que me marchó esta tarde.

— ¡Ah! caballero, se ha muerto y tengo que ir á quemarle.

Es una ceremonia que no se puede dilatar, tenga Vd. la bondad de esperar á que vuelva.

Yo en vez de aguardarle le acompañé hasta las orillas del Jumma donde asistí á la ceremonia que representa mi primer dibujo. Una vez



Cocodrilos criados en un estanque, en Jaipore.



Almuerzo en un jardin, en Jaipore.

que habia quemado á su padre, Notmal arrojó sus cenizas al rio sagrado, y corrió á buscar las armas; no me habia engañado, eran magnificas. Pero el Jumma se habia llevado ya muy lejos las cenizas de su padre.

22 de noviembre, Delhi.

No he podido continuar esta carta principiada el 14, pues fui á pasar quince dias á Miruta á 40 millas de Delhi, y desde mi vuelta estoy ocupado en mis preparativos de viaje. Voy á Surate donde me embarcaré para Bombay, y acabaré esta carta por el camino.

4 de diciembre, Jaipore.

Cinco noches he pasado para llegar de Delhi á Jaipore, que dista unos 300 kilómetros. Cuarenta hombres venian conmigo para llevarme, y andaban 60 kilómetros cada noche. Este territorio es un horrible desierto de arena; pasabamos el dia en chozas miserables; ya puede Vd. figurarse el trabajo que tendrian mis hombres para llevarme. Aunque estabamos ajustados en 200 rupias (unos



El joven maha-rajá de Jaipore, tomando una leccion de inglés.

Jaipore es sin disputa la ciudad mas hermosa de la India, y parece aun mucho mejor porque no se puede llegar á ella sin atravesar el espantoso desierto de que acabo de hablar. Para dar á Vd. una idea de su importancia le diré á Vd. que cuenta 250,000 habitantes rajputes; es una de las ciudades principales del país llamado Rajpootana. Pero voy á contarle á Vd. una visita que hice al raja de Jaipore, lo que seguramente le interesará mas que todas las noticias de estadística, política, etc., que podría transmitirle.

Ya sabrá Vd. que los soberanos ó poseedores de los 220 reinos, principados y feudos principales que son hoy dependientes ó tributarios de la compañía inglesa se dividen en cuatro grandes clases, á saber:

1º Principes independientes en la administracion interior de sus estados, pero no en el sentido político:

2º Principes cuyos estados se hallan gobernados por un ministro elegido por el gobierno inglés y colocado bajo la proteccion inmediata del representante ó agente de ese gobierno que reside en la corte del soberano nominal:

40 pesos) les di á cada uno dos rupias de gratificación por cada noche.

representante ó agente de ese gobierno que reside en la corte del soberano nominal:

3º Príncipes cuyos estados se hallan gobernados en su nombre por el mismo residente inglés, y los agentes que él designa:

4º Príncipes desposeídos y pensionados, pero que conservan aun las prerogativas de la casta y de la gerarquía, tratados con la consideración y la cortesía que

indican los usos del país [inviolables en su persona y libres de la jurisdicción de los tribunales, excepto en los asuntos políticos.



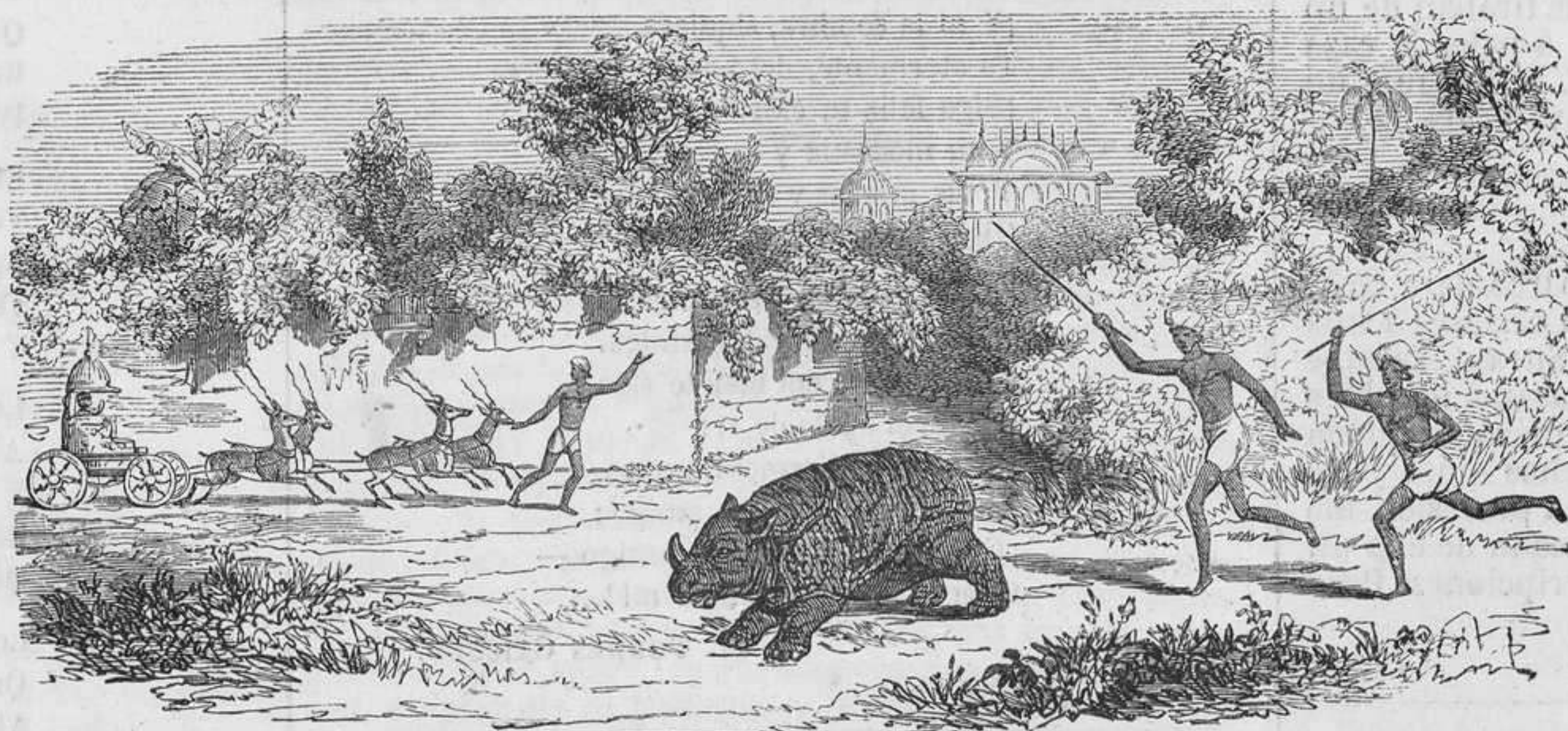
El jóven maha-rajá de Jaipore decapitando animales de carton.



El jóven maha-rajá de Jaipore tomando una leccion de equitacion.

El rajá de Jaipore, uno de los jefes principales del Rajpootana, pertenece á la segunda categoria, y paga un subsidio anual de 75,000 libras esterlinas. Como todavia no ha llegado á ser mayor de edad (nació en 1835) el gobierno supremo se ha reservado el nombramiento del ministro que gobierna el país en su nombre. Pero basta ya de política.

Como este rajá de diez años no pudo recibirme el dia de su llegada, fui á visitarle á la ciudad vieja, situada á ocho kilómetros de la moderna. Al pasar por delante de un estanque muy ancho presencié un espectáculo tan singular que al punto, eché



Gacelas y rinocerontes destinados á la diversion del jóven maha-rajá de Jaipore.

mano al lápiz. Y no crea Vd., amigo mio, que este dibujo sea una ficcion; he visto en Jaipore unos cocodrilos de unos tres metros montados por hombres; para verlos me acerqué á unos cinco ó seis pasos. Con ese fin los mantienen en el estanque; en cuanto los muestran las tripas de un animal que acaban de matar, corren á la orilla, salen del agua, se dejan montar y dan la vuelta al estanque detrás de aquella presa muerta que un hombre va arrastrando delante y que les deja desear durante largo tiempo.

El residente inglés me habia acompañado á la ciudad



Bodas de varios niños industanos en Surate. — Séquito nupcial.

vieja donde almorzamos en un bonito jardin, cerca de un pabellon cuyo dibujo acompaña. Los criados del residente me miraban dibujar con aire asombrado, y á

peticion mia permanecieron un buen rato en la misma posicion para que pudiese animar con sus grupos variados mi pequeño paisaje.

Al otro dia el rajá nos mandó á decir que estaria visible por la mañana; y en efecto, habiendo ido el residente y yo á su palacio á la hora indicada, nos recibió

en su trono. No le haré á Vd. la descripción de su persona ni la de su traje, pues todo lo que desee Vd. saber sobre este punto lo hallará Vd. en mi dibujo. Mostró alegría al verme, y su intérprete me dirigió por su orden las siguientes preguntas:

- ¿Está Vd. bueno?
- ¿De qué país es Vd.?
- ¿Cuánto tiempo se necesita para ir desde Jaipore?

Mis respuestas hubieron de causarle mucha satisfacción, y se hallaba de tan buen humor, que quiso darnos pruebas de su instrucción y de su destreza. Primeramente chapurreó algunas palabras inglesas que su maestro de lenguas le hizo pronunciar con gran trabajo, y luego levantándose de pronto de su trono tomó un arco y principió á disparar flechazos sobre unos elefantes y unos caballos de cartón que eran casi tan grandes como él. Pero exaltándose insensiblemente, y mas contento cada vez, se salió al patio, se quitó sus insignias reales, y tomando un sable muy grande decapitó con mucha valentía á un león, un javali, un tigre, una gacela y un oso. Inútil será añadir que estos animales eran de madera y de una pasta de cartón muy toscamente fabricados. Cada vez que rodaba una cabeza por el suelo, corría del tronco una especie de jugo encarnado que de intento habían encerrado en él. La educación de un rajá sería incompleta, si no le acostumbra desde niño á verter sangre; á cada nueva proeza de este género todos los asistentes le aplaudían y le llenaban de elogios; aquel joven valiente era el príncipe mas grande que habia existido. Una vez decapitados todos los animales, montó á caballo y dió algunos galopes con su maestro de equitación entre dos criados que le seguían por todas partes dispuestos á sostenerle, si por desgracia perdía el equilibrio. Por último, cuando nos hubo mostrado todos sus talentos pasearon delante de él cuatro gacelas que tiraban de un carro, y dos postillones emprendieron á palos la caza de un rinoceronte que habían soltado.... Tal fué, mi querido amigo, mi entrevista con el joven rajá de Jaipores; ¡dichoso rey y dichoso pueblo!

BOMBAY.

Acabo de llegar á Bombay y me embarco para Goa, sin tener tiempo de escribir á Vd.; solo añadiré á mis precedentes dibujos el de una boda en Surate. Ya sabe Vd. mi querido amigo que en la India casan á los niños cuando se hallan en la cuna todavía; mientras estaba yo en Surate casaron en un día á muchos niños y los pasearon por las calles de la ciudad. Esta procesión me ha parecido tan característica que he sacado de ella un dibujo, lo que es preferible á diez descripciones. Pero el vapor se marcha; adiós, amigo mio.

La víspera de partir.

Á ELISA.

Farewell! Farewell!
 'T were vain to speak, to weep, to sigh;
 Oh! more than tears of blood can tell,
 When wrong from guilt's expiring eye,
 Are in the word, farewell-farewell!

BYRON.

¡Adiós, Elisa hechicera,
 Adiós, niña bondadosa,
 Adiós, virgen, pura, hermosa,
 Beldad de América, adiós!...
 ¡Adiós! Mi labio temblando
 Da apenas paso á mi acento,—
 ¡Qué es angustioso el momento
 De separarnos los dos!

¡Adiós! mi joven amiga;
 No mas, no mas mis enojos
 Templarán tus lindos ojos
 Con su apacible mirar;
 No mas tu dulce sonrisa
 Me dará solaz y calma;
 ¡No mas gozará mi alma
 Tu voz grata al escuchar!

Flor que brota del capullo
 Tierna, pura, perfumada,
 Y su esencia regalada
 Esparce en su derredor:
 Eres tú, gallarda Elisa,
 Gaya flor de la inocencia,
 Que viertes en la existencia
 Luz, encantos, grato olor.

Mas mira, niña hechicera:
 Jamás, jamás en olvido
 Verás tu nombre sumido,
 Ni tus gracias y bondad;
 Jamás, jamás, dulce amiga,
 Podré olvidar esas horas
 Dulces, gratas, seductoras
 De nuestra pura amistad.

Seré tu amigo constante,
 Pues fuiste en mi desconsuelo
 Un ángel puro del cielo
 Enviado para mi bien;

En mi destierro calmaste
 Mis pesares y agonía,
 Y en mi pecho — la alegría
 Derramaste, del Eden.

Tierna niña, bondadosa,
 Bella flor de primavera,
 Que esparciste en mi pradera
 Tu perfume encantador:
 ¡Jamás tu bella corola
 Estremezca el torbellino,
 Ni ese tu aroma divino
 Se pierda, ni tu color!

En su cenit siempre brille
 Tu estrella resplandeciente:
 Alumbra, lance fulgente
 Sobre mi senda su luz;
 Nunca la niebla importuna
 Vele á mis ojos tu estrella:—
 Rasgue la luz que destella
 De oscura noche el capuz;

Y al través de la distancia
 De llanos, montes y mares,
 Que doblando mis pesares,
 Pronto á separarnos va:
 Brille cual polar lucero
 Que dirige al navegante,
 Y cuya luz rutilante
 Consuelos al pecho da.

¡Adiós! cariñosa amiga,
 Proteja Dios tu carrera;
 ¡Y ni la sombra, siquiera,
 Te atormente, del pesar!
 ¡Siga feliz tu existencia!
 Y tu modestia y pureza,
 Y tus gracias y belleza
 Oigas del mundo admirar.

¡Adiós! virgen hechicera,—
 ¡Adiós! mi adorable amiga.
 Que el génio del bien te siga!
 Un ángel cuide de tí!
 No olvides, hermosa, nunca
 Al que es tu sincero amigo:
 ¡Guarda un recuerdo contigo —
 Guarda un recuerdo de mí!...

J. M. TORRES CAICEDO.

A mi amiga Magdalena.

QUINTILLAS.

Pulso en triste soledad
 Por adular tu contento
 El arpa de la amistad,
 Que bendice tu beldad,
 Y celebra tu talento.

No por brindarte me afano
 De flores guirnalda airosa:
 Al enlazarlas mi mano
 Su olor perdiera la rosa,
 Su esmalte el clavel lozano.

Sentidas endechas son
 Las que te ofrece el poeta;
 Pues llevo en el corazón
 De la amargura el arpon,
 Del despecho la saeta.

Yo en mis lágrimas de fuego
 Exhalando un ¡ay! doliente
 Desesperado me anego:
 Huyó de mi alma el sosiego,
 La inspiración de mi mente.

Tú, no sabes, Magdalena,
 Lo que es hastiado sufrir
 Una pena y otra pena,
 Sin una aurora serena
 Que esclarezca el porvenir.

¡Ah! no en tu rostro hechicero
 Su huella estampe el dolor,
 Ni ose empañar hado fiero
 De tu ilusión el lucero,
 Ni de tu dicha el albor.

Respira esbelta y ufana
 Cercada de amantes mil;
 Y triunfa en edad temprana
 Mas pura que la mañana,
 Mas risueña que el abril.

Tranquila, alegre y donosa,
 Como vestal pudorosa
 Ceñida de bienandanza,

Como la huri deliciosa
 Del Eden de la esperanza.

Cruza del Betis la orilla
 Siendo de hermosas modelo
 Y de hermosas maravilla;
 Que ángeles tiene Sevilla
 Para poblar otro cielo.

Mire yo que sin enojos
 Cautivas mas corazones
 Que rayos lanzan tus ojos,
 Que hechizos tus labios rojos,
 Que tu talle inspiraciones.

Y de inquietud siempre agena
 Ostenta en sabrosa calma
 Del placer la copa llena,
 Y en tu frente de azucena
 De las virtudes la palma.

Quede para mí el lamento
 Y el fastidio roedor;
 Y si es grande mi tormento,
 Sea mayor tu arrobamiento
 Y tu ventura mayor.

Hoy dichosa y envidiada
 Como ninguna descuellas,
 De Hispalis perla preciada,
 Por los vates alhagada
 Y aplaudida por las bellas.

La fuente que murmurante
 Surca la alfombra odorante
 Que tapiza el fresco prado,
 Repite tu nombre amado
 Para que el aura lo cante.

El aura, que bulliciosa
 Vierte el ámbar de las flores
 Besándote cariñosa,
 Te festeja como á Diosa
 Y llama á los ruseñores.

Los ruseñores trinando
 Abandonan los jardines,
 Y tus gracias admirando,
 Remedan tu acento blando
 Que absorbe á los serafines.

Los serafines... ¡oh! deja
 Que acreciente tu loor
 Ahogando la amarga queja,
 Que hasta el sueño bienhechor
 De mis párpados aleja.

Deja que sin par te aclame
 En medio de mi agonía,
 Y que mi pecho se inflame,
 Y que mi Musa derrame
 En vez de hiel ambrosía.

No atiendas, no, á la tristura
 Que desprenden mis canciones,
 Sino á mi afable ternura,
 A la modesta pintura
 De tus claras perfecciones.

No faltará quien sonría,
 Y en alas de estro feliz,
 Ensalzar quiera á porfía
 De tu mejilla el matiz
 Y de tu voz la armonía.

Dirá que á tus trenzas de oro
 Tributo el sol ha rendido,
 Que cada hebra es un tesoro,
 Lazo que tiende Cupido
 Para arrancar un « te adoro. »

Expresará en fácil verso
 De tu mirada el poder,
 Que el hieló consigue arder,
 Y á retar al universo
 Quizás logrará vencer.

De tu cintura ideal
 Describirá la elegancia,
 Y tu boca angelical,
 Donde el nácar y el coral
 Despiden rica fragancia.

Tus gentiles ademanes
 Encomiará en himnos fieles,
 Que eres, y es justo te ufanes,
 Flora para los vergeles,
 Venus para les galanes.

Tú acogerás sin tardanza
 Bajo un fris de bonanza
 De su cítara los sonos,
 Que unirán á la alabanza
 Del entusiasmo los dones.

Tú aceptarás sublimada
De su mágica poesía
La diadema asimbolada,
Como una prenda sagrada
De homenaje y simpatía.

Entonces ¡ay! Magdalena,
Acuérdate del que mora
Del desengaño en la arena,
Arrastrando la cadena
Del desden asoladora.

Llanto de sangre derrama
Mi corazón. ¿Por qué siente?
¿A qué abrigan viva llama,
Si como yo nadie ama,
Si la mujer calla ó miente?

¡Ah! Perdona: mi delirio
Me justifique ante tí:
¿No es horroroso ¡ay de mí!
Que el amor sea mi martirio
Por amar con frenesí?

Una vez y otra abrasado,
Una vez y otra rendido...
A mi espíritu agitado,
¿Dónde hallar le será dado
La fe y vigor que ha perdido?

No olvides, discreta amiga,
Que el mísero trovador
Sucumbe á suerte enemiga,
Sin consuelo y con fatiga,
Sin aliento y con clamor.

Si es que alivias mis pesares,
De gratitud daré ejemplo,
Y con rosas y azahares
Decoraré tus altares
De la amistad en el templo.

JOSÉ MARIA RUIZ DE SOMARIO.

Revista de la moda.

SUMARIO. — Las últimas fiestas del carnaval. — Decadencia de las fiestas populares. — Los patinadores y los trineos. — La fiesta de los Angeles. — Los soldados en ciérne y las marquisitas de cinco años. — Sobre las últimas novedades. — Los bandos y las faldetas dobles. — Un vestido con corpiño doble. — Dos prendidos de baile. — Mantas de pluma y de cachemira. — Descripción del figurín de este número.

El carnaval ha sido corto y poco brillante; sin embargo, ha terminado la serie de sus fiestas poco numerosas con dos bailes espléndidos, el uno en casa de Vely-baja, embajador de Turquía, y el otro en el Hotel de Ville. El baile de Vely-baja era un cuento de las *Mil y una Noches* contado en París sobre una alfombra de nieve. Por fuera teníamos la Siberia, y por dentro el cielo de Mahoma. Todo lo más escogido de París, ó mejor dicho, todo el París elegante, extranjero, diplomático, aristocrático, financiero y artístico estaba allí respandiente con placas de diamantes, grandes cordones, uniformes dorados y trajes del gusto más exquisito. El modesto frac negro en medio de aquel lujo parisiense-oriental, parecía bien mezquino y bien triste. Solo le llevaban los banqueros y los periodistas. El salón reservado estaba ocupado por la princesa Matilde, la reina Cristina y sus hijas. Una de ellas, la joven y hermosa Amparo, excitaba una gran curiosidad; dentro de algunos días debe casarse con el príncipe Czartoviski, á quien lleva un millón de dote y 200,000 fr. en diamantes. El futuro nada posee, como es de suponer en un desterrado político, pero los esposos habitarán en el antiguo palacio Lambert, en casa del anciano príncipe Czartoviski, donde llevarán una vida patriarcal, último reflejo de esas grandes existencias de la aristocracia polaca en tiempo de sus heroicas prosperidades.

En cuanto á trajes notables, la señora condesa de Murat llevaba uno que llamaba la atención de todos; componiase de una falda de tafetan blanco, sobre la cual volaban tres faldas de tul blanco que no iban cosidas juntas, de modo que cada movimiento de la joven parecía como una oleada de tul que se levantaba en ondas vaporosas. Cada paño iba ribeteado con un cordoncillo de rosas de mayo sin hojas. Como las faldas y sobre todo los paños se hallaban en una graciosa oposición, resultaba que en un vals ó en una polka no se veían más que flores cuando las olas de tul se separaban.

Cuando la diosa Flora se dignaba bajar á la tierra, en el gracioso imperio mitológico, dudo que llevara un vestido semejante. El tocado consistía en un rodete Galatea de estilo griego, compuesto de tres grandes rosas abiertas, enlazadas con cuatro collares de gruesas perlas de oro. Esta mezcla de perlas y de flores es una de las últimas novedades de la fantasía y del capricho. El efecto es prodigioso sobre todo en las mujeres como la Emperatriz, que tienen hombros de estatua griega.

Decididamente vuelve la moda de los tontillos, sin que se note; los vestidos se extienden por abajo en forma de campanas. La moda de los delantales y de los adornos de lado, lejos de disminuir la anchura de las faldas no hace más que aumentarla. Si la falda no fuera muy hueca sería imposible disponer con arte y profusión, cascadas de encaje, enramadas de flores, lazos y cordones de perlas y ramilletes de plumas. Con un solo delantal de estos vestidos se podrían adornar tres ó cuatro para las mujeres que visten con sencillez. Los vestidos con adornos al lado son también muy voluminosos; se diría que las señoras no saben ya que buscar para prender y colgar á sus faldas. Los corpiños son muy escotados y van en punta por delante y por detrás, con adorno de lazo de cinta ó de

flores. Algunos no llevan mangas, y se reemplazan con la berta; además como esta ausencia de mangas podría acusar demasiada desnudez, se coloca en el hombro un grueso ramillete de flores que cae en ramitas muy ligeras.

Abramos ahora un paréntesis sobre el carnaval. Pero ¡ay! las alegres fiestas se acabaron, es decir, las fiestas populares; los días de carnaval han sido muy tristes, ya se vé, ¡hacia tanto frío!... Los verdaderos héroes de los días de carnaval han sido los patinadores y los trineos. Enhorabuena, hablemos de los trineos á la moda rusa, á la francesa, de las conchas de Cleopatra y de las conchas de oro y de púrpura dignas de Neptuno, el dios de las aguas. Era un espectáculo extraño para los parisienses el que presentaban aquellos pequeños vehículos elegantes y ligeros deslizándose sobre la nieve con tanta gracia como un cisne sobre la superficie de un estanque. Las máscaras estaban en los bailes donde sin duda tenían más calor bailando *pasos de circunstancias* que si hubieran salido por las calles donde reinaba una temperatura de la Siberia. Además, ¿qué prestigio puede tener ya para los parisienses el eterno paseo del buéy gordo? No vale la pena de incomodarse.

En el Circo de la Emperatriz ha habido un baile de niños llamado *fiesta de los ángeles*, de los diablillos habrían debido decir... pero ¡qué diablillos tan bonitos, de cuatro á doce años! Soldados en ciérne vestidos de turcos, de husares, de mosqueteros, de guardias imperiales y de escoceses, y entre medias algún marquesito acicalado con peluca blanca, chaleco y pantalón de raso color de rosa y chorreras de encaje. En cuanto á las niñas, el dar una idea de sus trajes sería imposible; sin embargo, entre todos sus disfraces descollaban los de marquesa empolvada, pastora de Luis XV y cantinera de la *Estrella del Norte*.

Cerremos el paréntesis y volvamos á la moda. Pero ¡ay! nada tenemos de notable. Antes de la primavera la forma de los vestidos y de los sombreros será la misma. Cada cual lleva lo que más le gusta; el capricho no crea jamás nada de positivo. Los peinados se llevan siempre muy bajos por detrás y muy voluminosos por delante; se usan los dos bandos con la trenza de cabellos por en medio. Esta trenza se lleva para visitas y paseo; por la noche se reemplaza con un cordoncillo de diamantes ó de pedrerías, ó con una guirnalda de flores.

Las faldas y los tirantes están más en moda que nunca, aun hay ciertos corpiños que tienen dos faldetas en vez de una.

He aquí la descripción de un vestido de calle de ese género: La falda es de muaré antiguo azul de Francia con un rico delantal dispuesto del modo siguiente: sobre el delantero tres bandas de terciopelo negro con puntilla negra de encaje cortada en ondas; la banda de en medio es más ancha que las otras dos; á cada lado llega una ancha cinta de raso azul de cuadritos con puntas de terciopelo negro nº 1; parece un enrejado: después hay otras dos bandas de terciopelo negro un poco anchas, y la segunda va guarnecida con una alta *guipure* en relieve que cae sobre el muaré antiguo. Las mangas llevan tres volantes de muaré guarnecidos con tres bandas de raso azul, de cuadritos de terciopelo y tres *guipures*; el corpiño lleva dos faldetas adornadas como los volantes de las mangas, y va cerrado con lazos de terciopelo azul, de terciopelo negro y de encaje.

Ahora voy á describir dos trajes de baile muy sencillos en sus adornos, pero de un efecto primoroso. — El primero se compone de un vestido de tul blanco con tres volantes guarnecidos con una blonda de 15 cent, y dos anchas cintas de raso blanco pegadas encima de la blonda; el tercer volante va levantado con un grueso ramillete de rosas de tafetan color de lila y hojas sombreadas de tafetan lila y violeta; el corpiño es de tul con pliegues ligeros, y lleva una berta de tirantes de raso blanco cubierta con dos volantes de blonda; el ramillete del corpiño, en armonía con el de la falda, pasa por medio de los tirantes de raso blanco que se anudan en el talle con un grueso lazo de puntas flotantes; las mangas son de tul afolladas con rosas y violetas de tafetan sembradas en medio del tul. El tocado se compone de un bandó de lirios silvestres, de diamantes y de margaritas, de amatistas color lila que se colocan entre los dos bandos ordinarios; por detrás *cache-peigne* de rosas de tafetan color de violeta, con ramitas de hojas entrelazadas.

El segundo vestido es de muselina blanca bordada. Nada es más ordinario que la muselina; pero el buen gusto lo embellece todo. Primeramente la falda y sus tres volantes van forrados de tafetan color de rosa cortados en ondas; el tafetan pasa la onda bordada; en cada hueco y á cada punta hay una cinta color de rosa con una hebilla; el corpiño está formado con bandas de entredos de *guipure* muy fina, guarnecidos de pequeños volantes de lo mismo con transparente de cinta color de rosa; los tirantes de muselina bordada llevan como los volantes de la falda lacitos de color de rosa; las mangas tienen dos volantes de muselina bordada y tres de entredos con puntilla de *guipure*.

Para entrar en el baile y para salir es preciso un abrigo elegante. Los más aristocráticos son los de pluma, de armiño y de cisne, pero no todo el mundo puede aspirar á tanta elegancia.

He aquí la descripción de una bonita manta al alcance de todas las fortunas: esta manta es blanca de cachemira, bien acolchada y forrada de tafetan azul con anchas solapas de felpilla azul; las mangas son de mucho vuelo, y el capuchón redondo va adornado con un lazo de cinta de felpilla azul.

En nuestro figurín de este número verán nuestras lectoras varios prendidos de baile copiados en el baile de la embajada otomana.

Primer traje. — Vestido de tafetan blanco con tres volantes adornados con dobles hileras de gruesas perlas azules y doradas que se tuercen en guirnalda alternando entre sí los colores; el corpiño escotado y de punta por delante y detrás lleva una pequeña berta redonda adornada como los volantes; mangas cortas formadas de dos volantes; tocado Cleopatra con bandos y bucles; á un lado un adorno de blonda y al otro un

ramito de flores; brazaletes de oro y pedrerías, y guantes blancos con botones de diamantes.

Segundo traje. — Vestido de tafetan color de rosa con cuatro volantes guarnecidos con dos grecas de terciopelo negro; la segunda greca lleva puntilla negra; en medio de cada paño de la tela y á cada lado de la costura va una banda de terciopelo negro cosida horizontal y guarnecida de *guipure*; los terciopelos forman entre sí una oposición muy graciosa. Corpiño escotado con afollados de tul color de rosa alzados sobre cada hombro, y en medio del pecho con lazos de terciopelo negro y cinta de color de rosa con grecas negras. Tocado Juana de Arco, con un bandó ondulado que termina por una gruesa trenza con un bucle que guarnece el bandó trenzado; rodete suelto adornado con cintas de color de rosa y de terciopelo negro con puntas flotantes; brazaletes ricos, con dobles brazaletes de terciopelo negro y guantes blancos.

Tercer traje. — Vestido de gasa verde con cinco volantes de gasa con fleco de plumas; corpiño con dos trezados de gasa, y grandes rosas blancas con ramitas de cinta verde; guantes blancos; en el brazo izquierdo brazaletes de gruesas perlas verdes y en el derecho una serpiente de oro enroscada tres veces con cabeza de diamantes y esmeraldas.

Cuarto traje. — Vestido de tafetan color de perla con corpiño escotado y adornado con una berta azul; encima sultan de cachemira blanco, guarnecido con una ancha banda de plumas azules con llamitas blancas; la banda de pluma se reemplaza con una solapa de felpilla; el interior del sobretodo va forrado de seda azul respunteado en cuadritos; tocado á la Luis XIV con largos bucles estilo Lavalliere; por detrás rodete corintio con flores y perlas; brazaletes de perlas blancas, y ramillete de camelias color de rosa naturales.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

El escultor Benito Fogelberg.

Hace algun tiempo se anunció la muerte de un artista de los más distinguidos, del escultor sueco Fogelberg que falleció súbitamente en Trieste de un ataque de apoplejía, cuando iba de camino para Roma, donde había fijado su residencia hacia muchos años.

Creemos no desagradará á nuestros lectores la siguiente noticia escrita por un amigo nuestro, hombre que le conocía desde hace treinta años, y que por consiguiente se halla bien enterado de las particularidades más interesantes de su vida.

El escultor Benito Fogelberg nació en Gothemburgo (Suecia) en 1787.

Su padre era fundidor y cincelador en cobre. Hombre de gusto y muy industrioso dibujaba bien el ornato, y perfeccionó el arte de la fundición en algunos de sus procedimientos. Sobre todo tenía bastante reputación para las campanas y se adquirió una fortuna que le permitía vivir cómodamente.

Benito Fogelberg manifestó inclinaciones desde niño por las artes del dibujo, y particularmente por la escultura. A los catorce años Fogelberg salía del colegio, y se aplicó exclusivamente al dibujo en Gothemburgo, de donde su padre le envió á la academia de Bellas Artes de Estocolmo.

Aquí principia una lucha que tuvo en último resultado una excelente influencia sobre la carrera del artista. Dotado de un sentimiento exquisito del natural y de la sencillez noble y elegante, Fogelberg aborrecía toda afectación y amaneramiento en el arte. En sus principios nada bueno veía fuera de lo antiguo, y durante largo tiempo cuando le preguntaban como es que no había tratado este ó el otro asunto, se limitaba á responder: «Los griegos no lo han hecho ó no lo habrían hecho.» Solo después, cuando tuvo entera confianza en sus fuerzas, tomó su vuelo y entró en el vasto dominio de la estatuaría histórica, guiado por el estudio de la naturaleza, por sus profundos conocimientos de las crónicas y leyendas, y por un gusto y una finura incomparables.

La escuela de Estocolmo se arrastraba todavía en las exageraciones desacreditadas ya del estilo de Luis XV, pero Fogelberg no se dejó dominar; opuso una fuerte resistencia á sus profesores, y aunque de un carácter dulce y sociable, entabló con ellos una guerra de epigramas y de honor de artista, donde por lo regular salía venciendo siempre. Después iba á buscar consuelo al museo glíptico fundado por Gustavo III, copiaba y volvía á copiar los hermosos fragmentos antiguos que trajo de Roma aquel soberano, y se extasiaba sobre todo delante del *Endimion* recién hallado en la villa Adriana y clasificado entre las obras maestras de la estatuaría griega. También solía empeñar gozoso largas conversaciones sobre el arte con el ilustre Sergell, á quien llamaba su maestro, y que le embriagaba con sus narraciones de la Italia, repitiéndole sin cesar que un artista no podía vivir ni crear sino en Roma. Fácil es juzgar el efecto que producirían tales palabras dichas por última vez en un lecho de muerte, sobre un joven entusiasta que ardía en deseos de dejar las brumas escandinavas por el cielo puro del mediodía de la Europa.

El cuerpo académico de Estocolmo que ya se había hallado en desacuerdo con el mismo Sergell, secundó sin embargo las inclinaciones de Fogelberg y obtuvo del gobierno sueco una pensión para pasar á estudiar al extranjero. — Fogelberg salió pues para Alemania donde residió algun tiempo, y luego vino á Francia, por los años de 1818. Atraído por la reputación de Pedro Guerin entró en ese estudio que ha producido tantos discípulos distinguidos, donde predominaban la pureza del dibujo y de las tradiciones de la antigüedad.

Fogelberg siguió el dibujo con mucha asiduidad por espacio de cerca de dos años á la vista del autor de *Marco Sexto* y de la *Clitemnestra*, del maestro cuyos consejos escuchaba religiosamente y cuya autoridad veneraba á justo título. También hizo algunos modelos del natural en el estudio de Bosio, pero no se ha conservado el recuerdo de ninguna composición de alguna importancia hecha por él en París, sino es un Fauno que no se ejecutó en mármol. Sin embargo, el tiempo que Fogelberg pasó en los estudios de Guerin y de Bosio constituye un período importante de su carrera artística, pues tuvo para él una influencia decisiva, y la Francia puede reclamar una parte de esa gloria que tanto brilla en el norte de Europa.

Nuestro escultor se estableció en fin en Roma en 1824; con esto se realizaban todos sus deseos, este era el objeto final que se proponía. Desde entonces figuró entre los maestros contemporáneos y se señaló dando á luz composiciones llenas de gusto, de gracia y de expresión como su *Psiquis abandonada*, su *Mercurio durmiendo á Argos* su *Amor vencedor* que llamaron la atención de los extranjeros que visitaban á Roma.

Otras producciones siguieron á estas con cortos intervalos, y le merecieron una honrosa



Fogelberg, escultor sueco.

rá como Sergell en el recuerdo de sus conciudadanos. Tenemos esperanzas de que sea en Francia ó en Suecia se publicará una monografía estudiada, y que el grabado popularizará las creaciones de Fogelberg, muy poco conocidas en Europa.

Fogelberg acaba de morir en Trieste, donde pasaba de vuelta de Suecia en dirección á su querida Roma, de un ataque de apoplejía que le mató en algunos minutos en la noche del 21 de diciembre del año último.

El viaje que acababa de hacer á su país natal fué para él un glorioso triunfo. El rey Oscar I, con su benevolencia ilustrada, había exigido que el autor de las tres estatuas monumentales del rey Carlos Juan XIV (Bernadotte), de Burger Jart y de Gustavo-Adolfo asistiese á su erección y á las fiestas patrióticas que debían acompañarla. Las dos primeras estatuas se hallan colocadas en Estocolmo y la tercera en Gothemburgo (1). Fogelberg se arrancó con mucha pena á su vida pacífica del estudio del Corso en Roma, para ir á disfrutar del fruto de sus trabajos y á recoger los testimonios de la admiración pública y de la munificencia real; pero una vez terminadas las ceremonias de la inauguración huyó modestamente de todos aquellos triunfos, con el único deseo de volver á su patria adoptiva. Por desgracia, esta felicidad no le estaba reservada. La Suecia fué siempre la dueña de su corazón, pero su inteligencia fué de Roma. Trieste está llamada á recoger sus despo-



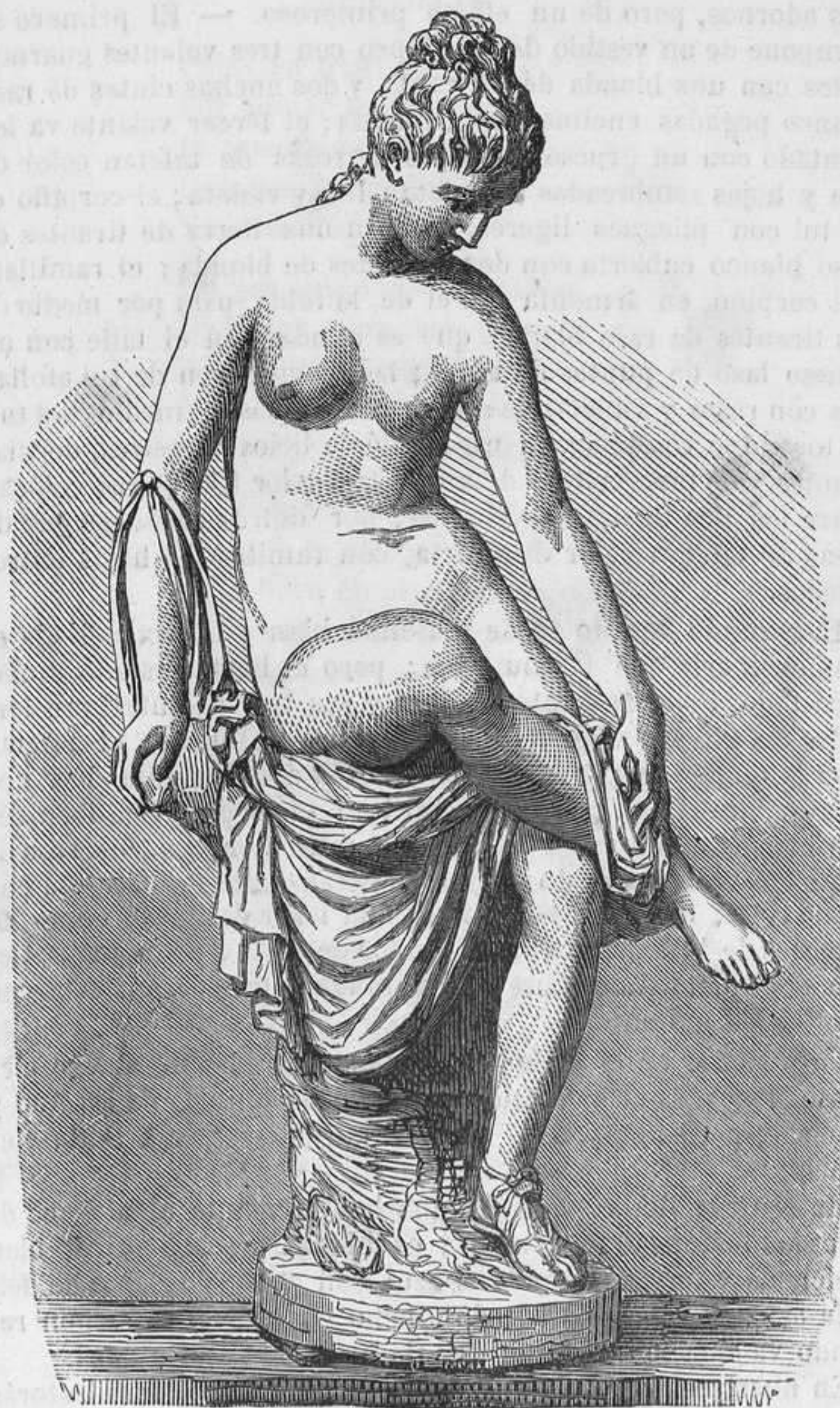
Gustavo-Adolfo, estatua de bronce, en la plaza mayor de Gothemburgo.

participación en los trabajos [que la Suecia confiaba liberalmente á sus artistas compatriotas.

Fogelberg poseía el germen de una flexibilidad de talento que quizás tardó mucho en adivinar; pero este germen se desarrolló en breve cuando el artista tuvo que tratar asuntos pertenecientes á la mitología y á la historia de su país. ¿Quién habría dicho que el cincel al que se debían aquellas delicadas figuras de Amor, de Pandora ó de Hebé, llegaría á poder expresar la ruda majestad de Odir y del Burger Jast (1), llegaría al estilo grandioso de la estatuaria oficial, como se ve en su *Gustavo-Adolfo*? Y sin embargo, esta transformación se operó sin esfuerzos, y sus últimas creaciones que acaban de inaugurarse en Suecia prueban de un modo incontestable que la elevación del estilo y la severidad histórica pueden hermanarse en un artista con la pureza graciosa y la elegancia.

No es imposible en esta corta noticia enumerar y apreciar completamente las obras de un escultor de tanto mérito que es el honor de su país y que figura-

(1) Jefe escandinavo que fundó Estocolmo en 1260.



Una joven que sale del baño, estatua de mármol, en casa de la reina-madre, en Estocolmo.

(1) Ciudad fundada por Gustavo-Adolfo, y patria de Fogelberg.

jos mortales, á ménos que no los reclame su patria, lo que sería á la vez noble y muy justo.

Fogelberg unía á su hermoso talento de escultor, una erudición muy vasta y un saber nada indigesto (1). Su excelente carácter, su inalterable dulzura y variada instrucción, hacían las delicias de las noches que pasaba con sus amigos, y el que traza estas líneas no puede acordarse sin una emoción profunda y dolorosa, de los buenos ratos que le ha debido durante un mes entero que estuvo á su lado en Estocolmo á fines del verano último. En aquellas conversaciones íntimas, se sacaba á relucir el tiempo pasado, se hacían proyectos para el porvenir, se concertaba una nueva cita para este invierno en Roma... pero el sueño se acabó y la triste realidad no nos ha dejado otra cosa que el cruel deber de apuntar en las negras páginas de la necrología, el nombre de un artista superior, de un hombre de saber, de un hombre bueno, afectuoso, conciliador, modesto... ¡de Benito Fogelberg!

Fogelberg había recibido de varios países testimonios de la estimación que merecía, tanto por su talento como por su carácter. Era comendador de la orden de la Estrella polar de Suecia, miembro y profesor honorífico de la academia de bellas artes de Estocolmo, miembro



Burger-Jart, estatua de bronce, en la plaza del Riddarhol, en Estocolmo.

del Instituto arqueológico de Roma y miembro correspondiente del Instituto de Francia.

CASIMIRO LECONTE.

(1) Le gustaba mucho reunir colecciones, y llegó á formar una de medallas que el rey de Baviera le quitó casi por la fuerza, aunque se la pagó generosamente.

Entonces reunió otra, y esta vez la formó con estatuillas y objetos de barro, y lámparas antiguas. Un día un inglés rico entra en su casa, y sin otro preámbulo le pregunta cuanto quiere por su colección. Fogelberg indignado responde que no está de venta, pero el inglés insiste, y al cabo, con ánimo de libertarse de aquel comprador tenaz, el anticuario temiendo por su tesoro, le pide una suma que creyó fabulosa. El inglés saca friamente su cartera diciendo: «Aquí tiene Vd. un bono sobre Torlonia; la colección me pertenece, entregueme Vd. la llave.»

En el momento de su muerte formaba otra colección, y esta era de retratos históricos grabados; pero no podía hablar sin hondos suspiros de sus queridas medallas, de sus estatuillas y de las ochocientas lámparas que había reunido con tanto afán, y que abandonó cobardemente por un papelillo.